

¡DESCOHESION!
P. DANGER
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

P. DANGER

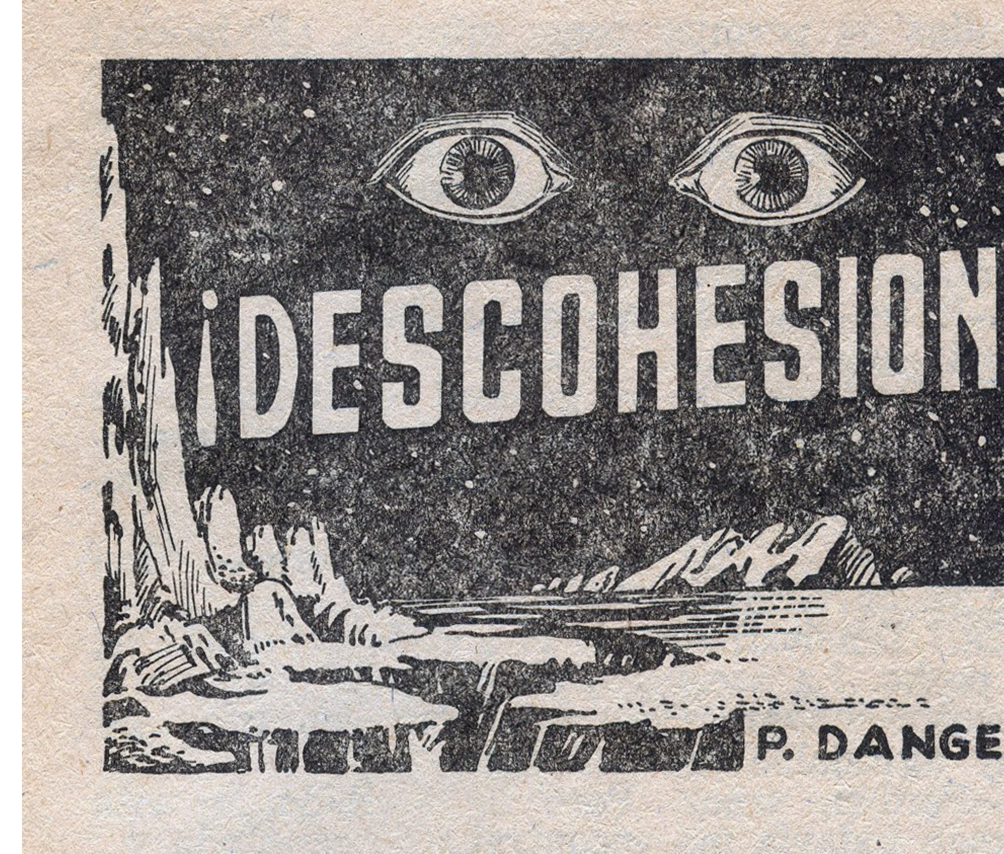
¡DESCOHESION!

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Dep. Legal V. 1.059 — 1961
printed in spain
EDITORIAL VALENCIANA — VALENCIA
Num. Rgtro.: 454 — 1961



CAPÍTULO I

MISIÓN ESPECIAL

Donovan recibió el aviso por la mañana.

Era una nota parca, lacónica. Informaba solamente que su jefe, el general Elston, le esperaba en su despacho lo antes posible.

Se vistió con celeridad, extrañado de una llamada tan repentina. Hacía tan sólo dos días que había regresado de una misión en Plutón, y no comprendía aquella urgencia. El propio Elston le había dicho que podía contar con unos quince días de permiso como mínimo. ¿Entonces?

Un aerobólido oficial le condujo hasta el gran edificio de Asuntos Interplanetarios, donde estaba instalado el cuartel general en la Tierra de la Patrulla de Seguridad Estelar de la Unión de los Universos. Subió al decimosexto piso, y se dirigió en derechura al despacho de Elston.

-Entre -le dijo la secretaria-. El general le está esperando.

Y efectivamente, el general le esperaba. De pie, tamborileando los

dedos sobre la mesa nerviosamente, y mirando a cada segundo su cronómetro de muñeca.

-¡Al fin, Carl! -exclamó al verle-. Creí que ya no vendría esta mañana.

Carl Donovan expelió el aliento contenido en su pecho. La ascensión de dieciséis pisos en el ascensor ultrarrápido deja una sensación no muy agradable precisamente.

-Perdón, señor. Pero he recibido la nota cuando todavía me encontraba descansando y...

-Sí, sí, no se excuse. En parte la culpa es también mía por haberle llamado con tanta urgencia. Pero es que el caso lo requiere.

Donovan arrugó el ceño.

-¿El caso?

-Sí, el caso. Es lo que usted se piensa. Lo lamento, pero no me queda más remedio.

-¡Bueno! -Donovan se sentó en un sillón, suspirando-. Como si lo viera, los permisos están reñidos conmigo desde tiempos inmemoriales. Si no recuerdo mal, el último que recibí me lo dieron en la edad de piedra.

-Tampoco hay que exagerar tanto, ¿no cree, Donovan? Hay que tener en cuenta que usted es uno de nuestros mejores hombres...

-Sí, claro. Le confieso que hay veces en que empiezo a arrepentirme de serlo.

-Tampoco será tanto. Le prometo que, después de esta misión, le concederé un permiso continuado de un mes como mínimo. ¿Conforme?

Donovan suspiró.

-No. Ya estoy curado de promesas.

-Está bien, dejémoslo pues. ¿Pasamos al asunto?

Donovan hizo un gesto de impotencia.

-Si no hay otro remedio...

Elston se dirigió hacia un paño de pared, donde descorrió una cortina, dejando al descubierto una carta celeste de una determinada región del espacio.

-Ahí es donde tendrá que ir a actuar ahora. Donovan -dijo.

Carl volvió a suspirar.

-¿Sirio?

-Sí. Concretamente, Calíope. Ya lo conoce, ha estado allí en una

ocasión. Además, es un verdadero maestro en su lengua y costumbres.

Donovan dijo desvaídamente que sí con la cabeza. Elston volvió a su mesa, y tomó una carpeta. La abrió.

-El caso es difícil -dijo-; mucho más de lo que puede parecer a simple vista. E importante, muy importante. Hace cinco días recibimos un mensaje oficial secreto del presidente Sirokhort, de Calíope, por el conducto especial de Seguridad Estelar. En él nos comunicaba que había disturbios en Sirio, concretamente entre Calíope y Astra. Se rumorea que Astra está preparando la invasión de Calíope. Pero Sirokhort no tiene miedo de esto. Si Astra atacara, Calíope se defendería con probabilidades de éxito. Pero se habla de una nueva arma de Astra. Un arma desconocida, cuyos efectos, según los rumores, pueden ser catastróficos para Calíope. Un arma que podría poner el planeta en manos de Astra en menos de cinco minutos.

Donovan silbó suavemente.

-Bien -prosiguió Elston-. Ésta es la realidad. Sirokhort tiene miedo. Una guerra entre dos planetas sirianos con el empleo de alguna arma nueva provocaría un conflicto estelar en la Unión de Universos. Un conflicto que podría derivar en una guerra interestelar. Lo cual es preciso evitar a toda costa.

-¿Y qué tengo que ver yo en todo esto?

-Usted, Donovan, tiene una misión especial en este asunto. Sirokhort nos ha comunicado que entre las personas que le rodean en Calíope se han introducido elementos de Astra. Entre ellos hay uno o varios traidores, dispuestos a informar al enemigo cuando llegue el momento de atacar y facilitarle la victoria. Estos traidores son su principal meta.

-Debo desenmascararlos y ponerlos en la picota, ¿verdad?

-En frases crudas y claras, sí. Hemos enviado ya algunos hombres a Astra, con la misión de descubrir todo lo que puedan sobre los proyectos de ataque y la nueva arma. También nuestros agentes en Calíope están investigando en todo lo posible a este respecto. Pero el descubrimiento de los traidores de Calíope es el puntal de todo. Ellos son los que, en caso de ataque, pueden dar la victoria o la derrota. Es preciso descubrirlos, y esto es algo que sólo puede realizar un hombre solo. Un hombre que pueda confundirse entre los habitantes del planeta, ocupar algún lugar entre ellos, y poder vigilar atentamente a los demás. Y este hombre sólo puede ser usted, Donovan.

Carl dijo que sí con la cabeza, filosóficamente.

-Está bien, general. Órdenes son órdenes.

-No, Donovan. Esto no es una orden. Esta misión es voluntaria. Puede usted aceptarla o rechazarla a su libre elección.

-¿Qué?

-Sí. La misión es difícil, y nosotros no queremos enviar a un hombre por la fuerza. Si usted no se ve capaz de llevarla a cabo con éxito, puede decirlo y buscaremos a otro.

Donovan pensó unos momentos, y luego suspiró. Una sonrisa distendió sus labios.

-Es usted muy listo, general -dijo-. Sabe que yo no diré que no, y así no me da una orden. Soy voluntario para una misión.

-Exactamente, ¿acepta?

-¿Y usted qué cree?

Elston afirmó:

-Sí, creo que sí acepta. Voy a darle todos los detalles del asunto. Hemos acordado con el propio presidente Sirokhort...

* * *

La nave descendió majestuosamente en el astropuerto de Calíope, como un fabuloso pájaro mitológico. Los pasajeros que en ella viajaban fueron descendiendo, dirigiéndose en fila hacia el control donde una serie de empleados revisaban minuciosamente el equipaje y las personas que pasaban por allí, mediante el hábil empleo de numerosas células -robot hábilmente distribuidas.

Entre la fila que aguardaba su turno, se encontraba un hombre alto, robusto, de tez morena y ojos negros, con una abundante mata de pelo rizado y rebelde. Vestía al estilo de los habitantes de Calíope un brillante maillot de tela metálica, recubierta por escamillas doradas, que le cubría desde la rodilla hasta el cuello. Unas botas negras, que le llegaban hasta un par de centímetros más abajo de donde terminaba el maillot, completaban el atuendo. En la mano llevaba un par de maletas medianas. Con seguridad fue avanzando hacia el primer puesto de control, y cuando llegó a él se detuvo.

-¿Su nombre? -preguntó el hombre sentado allí.

-Shano -replicó el viajero.

El hombre consultó una lista.

-¿Procedencia?

-La Tierra.

-¿Qué trabajo desempeña allí?

-Diplomático. Estaba en la embajada de Calíope.

-¿Cuál es el motivo de su retomo?

-Ordenes superiores.

Y el hombre mostró un papel. El empleado lo tomó, leyéndolo concienzudamente. Luego hizo una seña, devolviéndole la hoja.

El hombre pasó al segundo control. El empleado examinó la célula-robot. Hizo una indicación en una hoja de papel que tenía a su lado, y también una seña. Pasó al tercer control, donde la célula-robot permaneció también muda, indicando que no llevaba nada prohibido. Luego pasó al cuarto control, al quinto, al sexto...

Cuando se vio fuera del aeropuerto, el hombre distendió sus labios en una sonrisa. Un coche oficial le aguardaba, y el hombre subió a él después de darse a conocer. El vehículo se puso en marcha, y emprendió su carrera hacia el palacio presidencial de Calíope.

Y cuando el coche estuvo ya lejos del aeropuerto, Carl Donovan recobró de nuevo su personalidad íntima, volviendo a ser por unos momentos él. Todo había salido perfectamente bien, su identidad terrestre no había sido sospechada por nadie. Claro que sus papeles eran completamente legales. ¿Cómo no iban a ser legales, cuando habían sido facilitados por el propio presidente de Calíope?

Sonrió, arrellanándose en el mullido asiento del coche. Recordaba los cuatro días que había pasado en la Tierra en constante estudio adoptando las maneras y la personalidad de Shano, el hombre al que debía sustituir, y que ahora se encontraría en la Tierra, disfrutando de unas espléndidas vacaciones en un lugar donde nadie pudiera encontrarle fácilmente...

El coche se detuvo tras unos instantes de marcha frente a un inmenso edificio, un suntuoso palacio que Carl reconoció inmediatamente: el palacio de la presidencia de Calíope.

Descendió. El chófer hizo una reverencia, saludó al estilo del planeta, y Carl contestó en igual forma. Luego subió las escalinatas que conducían a la puerta principal del palacio a buen paso.

Un hombre alto, espigado, con el distintivo de la guardia de palacio

en su traje, le salió al paso. Se inclinó ante él e inquirió cortésmente:

-¿Shano?

Carl afirmó con la cabeza.

-Seguidme, por favor.

Penetraron en el edificio, recorrieron numerosas dependencias. Carl fue admirándose de lo que veía. Nunca había estado en el interior del palacio, habiéndolo visto tan sólo en fotografías. Pero era muy diferente ver una foto que ver el natural. El mármol era una sustancia que abundaba mucho en el planeta y todo el palacio, tanto exterior como interiormente, estaba construido con él. La luz especial que lo alumbraba, un sistema parecido al eléctrico de la Tierra, pero mucho más perfecto, ya que las luces estaban ocultas y no arrojaban sombras, hacía brillar todo el conjunto de los lujosos salones, las escalinatas, los cuadros, los espejos... El efecto era el de un cuento de las mil y una noches. Todo fantástico, todo increíble, todo bello.

Llegaron finalmente a una estancia, y el hombre que guiaba a Carl se detuvo ante su puerta, pronunciando unas palabras frente a una especie de ranura de la misma. De ella salieron poco después otras como contestación, y el hombre abrió la puerta, indicando a Carl que podía entrar.

-El presidente Sirokhort os aguarda -murmuró.

Carl entró en la habitación. Se encontró en una inmensa estancia cuyo techo ascendía a unos cinco metros, formando una amplia bóveda sobre su cabeza. Las paredes estaban totalmente llenas de espejos, dando al conjunto un matiz y un aspecto magnífico. Al fondo de la estancia, entre dos amplios ventanales, se encontraba una enorme mesa de trabajo. Y de pie tras su mole, un hombre.

-Pasad, Shano -dijo-. Y sed bienvenido.

Carl se adelantó. Y no le costó demasiado reconocer al hombre que tenía frente a sí. Sirokhort, el presidente de Calíope, se separó de su mesa y avanzó hacia él, tendiéndole la mano muy al estilo terrestre.

CAPÍTULO II
CONSEJERO SHANO

Sirokhort era un hombre alto, algo grueso, de rostro enérgico y decidido. Vestía un magnífico traje de gran suntuosidad, de acuerdo con su rango. Su pelo era negro y ensortijado, como el de la mayoría de los habitantes de Calíope. Se acercó a Carl, y le tendió afectuosa mente la mano.

-Vuestra vuelta es un grato placer para mí, Shano -dijo-. Vuestra actuación al frente de la embajada de la Tierra ha sido grandemente acertada, y debo manifestaros mi agradecimiento y el de todo Calíope por ello. Confío en que vuestra actuación aquí, junto a la presidencia, sea tan efectiva como ha sido en la Tierra.

-Confío en poderlo conseguir, señor -replicó Carl-. Al menos, pondré mi mayor empeño en ello.

-Lo sé, lo sé. Como supongo deberéis estar agotado después de este largo viaje, creo desearéis descansar. Esta noche se realizará una recepción para reintegraros oficialmente a vuestro puesto aquí. Hasta entonces podréis reponeros. Os indicarán vuestra habitación.

Nuevamente se dieron la mano, al estilo terrestre. Y Carl sintió que, en el apretón, algo se pegaba a su mano. Algo muy semejante a una hoja de papel.

La miró una vez estuvo solo en la habitación que le asignaron. Efectivamente, era una hoja de una sustancia muy parecida al papel. Era una nota del propio presidente. Decía tan sólo: «Acudid este mediodía a mis habitaciones particulares. Se encuentran enclavadas en el ala norte del palacio, en el mismo piso que las vuestras. No hay guardia. Procurad no ser visto».

Carl dobló cuidadosamente la nota, tomó de encima la mesilla de noche un vaso de agua, y la dejó caer dentro. La hoja no tardó en disolverse en el agua. Saliendo a la terraza que, por el balcón, comunicaba con su cuarto, regó con ella un pequeño parterre de flores. Hecho esto, volvió a entrar en la habitación, y volvió a dejar él vaso en su sitio. Se sentó. El presidente Sirokhort quería que empezara a actuar muy pronto...

* * *

Cuando Sirio llegó a su cénit, Carl salió de su habitación, observando a ambos lados del corredor. No se veía nadie.

Avanzó hacia su izquierda, en busca del ala norte del edificio. Los

pasillos estaban desiertos, de modo que pudo llegar a las habitaciones del presidente sin ninguna clase de tropiezo. Penetró en ellas, y el propio Sirokhort acudió a su encuentro.

-Bienvenido, míster Donovan -exclamó-. Puede hablar con libertad; aquí no son necesarios ya los disimulos.

Se estrecharon nuevamente las manos, y el presidente indicó a Carl una silla, hecho lo cual se sentó él mismo. Inició inmediatamente el planteamiento de la cuestión:

-¿Cree que realmente podrá hacer algo útil, míster Donovan?

Carl hizo un gesto ambiguo.

-No lo sé, señor. Mi misión es hacer todo lo posible, pero no sé si tendré éxito. En ello entra mucho el factor suerte.

-Sí, creo que tiene razón. ¿Cuál es su plan a seguir?

-No tengo ningún plan trazado todavía. Antes he de estudiar el terreno. Mis informes son que entre el cuerpo que forma el Consejo del Pueblo hay algunos traidores, pero que se ignora su identidad. ¿Es eso cierto?

El presidente asintió con la cabeza.

-Sí, absolutamente cierto. Pero a pesar de mis esfuerzos no he podido descubrirlos,

-¿Cómo cree que se han infiltrado?

-No lo sé. He intentado averiguarlo por todos los medios, pero no lo he logrado. Siguen permaneciendo en la oscuridad.

-¿Y no tiene ningún indicio, ninguna pista que le pueda conducir a ellos?

-Absolutamente ninguna. Todos los consejeros son personas dignas de confianza, que hace mucho tiempo que sirven a Calíope. Pero entre ellos han de estar los traidores. Sólo ellos pueden dar a Astra la información que han dado.

Carl asintió levemente con la cabeza, pensativo.

-¿Cómo supo lo de la pretendida invasión de Astra?

-Por una casualidad. Pudimos interceptar algunos mensajes de Astra, en los que se hablaba de invasión, de un arma secreta nueva, completamente revolucionaria, del éxito...

-¿Cuáles han sido siempre las relaciones entre los dos planetas?

-Exteriormente siempre han sido normales, pero en el fondo nunca

han sido cordiales. Astra es un planeta relativamente pobre, mientras que Calíope es rico. Esto hace que Astra haya estado siempre en una situación de inferioridad para con nosotros, Pero lo que nosotros hemos adelantado en cultura y riqueza, lo han ganado ellos en armamento y belicosidad. Siempre han codiciado este planeta y sus riquezas, y esto hace que siempre nosotros hayamos vivido en una constante preocupación.

-Pero si Astra ataca a Calíope, esto representará una violación de los Códigos de la Unión de Universos. Astra se colocará automáticamente fuera de la ley.

-Sí, mas esto no les importa demasiado a ellos. Saben que una posible guerra estelar sería una catástrofe para todo el Universo, y la Unión de Universos se lo pensaría un poco antes de atacar a Astra, sabiendo que ella está preparada y aguardando el ataque. En realidad, la situación es una especie de jaque. La Unión de Universos no puede hacer nada salvo hablar en buenas maneras, si no quiere verse envuelta en una guerra estelar. De modo que Astra se encuentra relativamente segura.

Donovan suspiró.

Está bien. Hábleme de la nueva arma.

-No puedo decirle nada que usted no sepa ya. Es algo completamente desconocido para nosotros. Sabemos que existe, pero no sabemos nada más.

-Es un buen problema.

-Sí, lo es. ¿Qué piensa hacer ahora?

-De momento nada -Carl se frotó pensativo la barbilla-. Una serie de agentes de Seguridad Estelar se encuentran en Astra intentando averiguar algo sobre el arma secreta. Mi misión aquí es únicamente desenmascarar a los traidores que se encuentran camuflados entre el Consejo del Pueblo.

-¿Y bien?

-Usted no se preocupe. Preséntеme esta noche a todos ellos, y a los demás que tengan algo de relación con el Gobierno. Yo me encargaré del resto. Confíe en mí.

-Lo haré. Aunque preferiría que todo hubiera acabado.

Carl sonrió.

-Yo también, no lo crea. Y no olvide que mi nombre es Shano, no Donovan. Buenas tardes

Se volvió hacia la puerta. Y en aquel momento, ésta se abrió.

Carl contuvo una exclamación. No por el hecho de haberse abierto la puerta, sino por el de que por ella había aparecido una mujer. ¡Y qué mujer! Una mujer deliciosa, que por unos momentos estuvo a punto de hacerle olvidar cuál era allí su misión...

Era en verdad una criatura adorable. Su cabello negro, sedoso y brillante, ofrecía un marco esplendoroso a su magnífico rostro, de un color alabastrino, en el que destacaba el fuego rojo de sus labios. Vestía un ceñido traje de una sola pieza, negro con adornos de oro, que se amoldaba prietamente a su escultural cuerpo, resaltando más que ocultando sus formas.

La muchacha penetró en la habitación con paso decidido, pero se detuvo al ver que el presidente no se encontraba solo. Por unos momentos quedó indecisa. Carl miró a Sirokhort con ojos interrogadores. Y éste, ante la escena, reaccionó rápidamente.

-Pasa, hija -exclamó, adelantando una mano hacia la muchacha.

Carl volvió a mirar a la joven. De modo que ésta era la hija del presidente, se dijo. En la Tierra le habían informado de ello. Cuando Shano, el verdadero Shano, salió de Calíope para cumplir misión en la Tierra, la hija de Sirokhort tenía ocho años. Ahora debía de tener, por lo tanto, veintiuno. Sí, los representaba. Los representaba insuperablemente.

La joven se adelantó unos pasos, avanzando hacia Sirokhort. Pero sus ojos no se apartaban ni un momento de Carl. Al llegar a su lado, hizo la clásica reverencia de saludo calíope. Carl contestó a la misma. El presidente se vio en el deber de hacer la presentación.

-Mi hija Lana -dijo, señalando a la muchacha-. El consejero Shano.

Nuevamente se repitieron las reverencias. La joven, hablando por primera vez, murmuró:

-Perdóname, padre. Si estás ocupado...

-No -intervino Carl rápidamente-. No está ocupado. Ahora terminábamos. Era sólo una conversación amistosa. Hace tanto tiempo que falto de Calíope, que he querido tener un rato de conversación privada con él. Con dispensa...

Hizo una nueva inclinación de cabeza, y se dirigió hacia la puerta, Sirokhort le dijo, en el último momento:

-¡No olvidéis esta noche! La reunión se celebrará en el salón de actos.

Carl asintió con la cabeza.

-Lo recordaré, señor.

Dio media vuelta, y salió de la estancia.

* * *

El salón, totalmente construido en mármol y lleno de espejos, estaba espléndidamente iluminado. Gran cantidad de personas, todas ellas luciendo sus trajes de gala, lo ocupaban. Formando grupos discutían entre sí, charlaban, conversaban...

Carl, guiado por uno de los hombres de la guardia de palacio, que oficiaban de servidores de la ceremonia, penetró en la gran sala por la puerta principal. Pese a que había gran cantidad de personas, solamente se oía el mosconeo de los cuchicheos de los que hablaban. Los habitantes de Calíope sabían que en esta clase de reuniones no se acostumbraba a hablar alto, salvo cuando se dirigía a todos los congregados.

Apenas penetró en el salón, Sirokhort acudió hacia él. Se inclinaron uno frente al otro, y el presidente le murmuró al oído:

-Voy a presentarle ahora a todos los demás consejeros de la presidencia. Retenga sus nombres; entre ellos han de estar los traidores.

Carl asintió levemente con la cabeza.

-No se preocupe por ello.

Avanzaron hacia el gran estrado que presidía a un lado el salón, y ascendieron a él. Instantáneamente, todas las conversaciones cesaron.

-Señores -dijo Sirokhort-, es un gran honor para mí tener de nuevo a mí lado al hombre al que debemos mucho de nuestras relaciones amistosas con la Tierra hoy. Nuestro consejero Shano, finalizada su misión diplomática en este lejano planeta, vuelve hoy a nosotros para ocupar un puesto en el Consejo del Pueblo de Calíope. Señores, les comunico que con esta fecha nuestro consejero Shano pasa a formar parte de nuevo del Consejo del Pueblo de este planeta.

Un suave murmullo inundó el salón. Varios hombres, todos ellos luciendo el distintivo de consejeros en el pecho, se acercaron al estrado. Sirokhort hizo una breve inclinación hacia ellos, y todos respondieron. El presidente fue presentándolos, y Carl los fue saludando a medida que pasaban frente a él. Cuando terminó las presentaciones, Sirokhort dijo:

-Bien, éstos serán desde ahora vuestros compañeros de consejo, Shano. Espero que la buena armonía que reina entre ellos siga con vuestra

inclusión.

-Eso espero, señor -replicó Carl, sonriéndose por dentro ante la ironía de aquellas palabras.

El protocolo oficial siguió. Shano recibió los distintivos del rango de consejero, que se puso. Juró los cargos. Luego, mucha gente acudió a felicitarle. Recibió muchas inclinaciones de cabeza, a las que tuvo que responder. Habló con infinidad de hombres y mujeres que le inquirían por la Tierra, sus costumbres, las impresiones que había recogido de allí...

La reunión -mitad acto diplomático y mitad fiesta-, transcurrió lentamente. Carl, con los riñones doloridos de tantas reverencias, decidió salir al jardín a respirar un poco de aire fresco.

En el exterior, la noche era negra, intensamente negra. En el cielo, las dos lunas de Calíope brillaban intensamente en cuarto creciente. Más allá, como una pequeña bola amarilla, se divisaba un nuevo planeta. Era Astra.

Carl miró alrededor. La terraza comunicaba con un frondoso jardín, que rodeaba el palacio por los lados y por detrás, donde las plantas crecían altas, exuberantes. Sacó de un bolsillo de su traje un cigarrillo, y lo encendió.

-¿Una costumbre terrestre?

Carl se volvió. A su lado, aparecida repentinamente, como un fantasma, se encontraba Lana, la hija del presidente. Miró el cigarrillo y asintió.

-Sí. Los terrestres tienen costumbres muy pegadizas. Cuando una persona empieza a fumar, no pueden dejar de hacerlo.

-Entonces, ¿por qué empezó a fumar usted?

La pregunta había sido pronunciada con aire inocente, pero ni la mirada ni la sonrisa de la joven evidenciaban inocencia. Carl hizo un gesto ambiguo.

-Es algo difícil de explicar. Los terrestres fuman casi todos, y alguien que esté entre ellos se ve obligado también a fumar en muchas ocasiones para no hacerles un desaire. Así creo que empecé a hacerlo. Y ahora no puedo evitar seguir haciéndolo. ¿Quiere uno?

La muchacha dijo que no con una mano, y se reclinó en la baranda de mármol de la terraza. Carl siguió fumando, mirando frente a él, a la oscuridad.

-Las noches de Calíope son frescas, ¿verdad, Shano? Tan frescas como el Sol.

Carl frunció el ceño, y volvió su vista hacia la muchacha. ¿Tan frescas como el Sol? ¡Qué absurdo! Abrió la boca para replicar, pero la muchacha no le dejó decir nada.

-Estaba pensando -murmuró-, que su vuelta a Calíope ha sido muy repentina, Shano. El término de su estancia en la Tierra no vencía hasta el año próximo.

-Sí, pero su padre me pidió que volviera. En realidad, mi misión allí había terminado, y no me quedaba nada que hacer ya. Lo que restaba por efectuar era cosa sencilla que el resto del personal de la embajada podía llevar a cabo felizmente. Seguramente su padre juzgó que yo sería más útil aquí que en la Tierra.

-¿Y usted, qué cree?

Carl miró a la muchacha. La vista de ésta estaba fija en él, y sus ojos chispeaban divertidos. Dejó caer el cigarrillo en el suelo y lo pisó con el pie.

-No lo sé -respondió-. No puedo decirlo... todavía -quedó unos instantes pensativo, y luego preguntó-: Qué ha querido decir con aquello de las noches de Calíope?

La joven se encogió de hombros.

-Nada. Nada importante. Recordaba una ocasión, hace muchos años.

-¿Ah, sí?

-Sí. Yo era pequeña, debía de tener por aquel entonces... ocho años. Y como tenía ocho años, era muy curiosa. Me metía por todas partes. Recuerdo una vez, en la que me metí por entre los pasillos que conducían al despacho de mi padre. Por aquel entonces en el despacho de mi padre había guardias de carne y hueso en vez de células-robot. Recuerdo que un hombre se acercó a ellos, y el guardia le detuvo con estas palabras: «Las noches de Calíope son frescas»; a lo que contestó el hombre: «Tan frescas como el Sol».

-Me parece una tontería

-Era una contraseña. Aquel hombre, si no recuerdo mal, era un tal Shano, que partía hacia la Tierra en misión oficial.

Carl se echó a reír de buena gana.

-Tiene usted una memoria endiablada, Lana. Yo no me acordaba de ello en absoluto.

-Es natural. Las contraseñas se cambiaban cada día en aquellos tiempos, y desde entonces a ahora han pasado muchos años. Por cierto, mi

padre parece tener mucha confianza en usted, ¿no?

Carl sonrió interiormente. Sí, Sirokhort tenía mucha confianza en el consejero Shano. Tanta, que le había pedido que colaborara con el gobierno de la Tierra para que su personalidad fuera transplantada a un agente de Seguridad Estelar, a fin de prestar un servicio a Calíope.

-Sí -dijo-. Esto parece.

-¿Y conmigo? ¿No tiene usted confianza?

Carl se sorprendió, sin saber a qué venía aquello.

-¿Por qué? -inquirió.

La muchacha se encogió de hombros.

-No, por nada. Sólo recordaba que hace algunos meses le escribí una carta a la delegación de Calíope en la Tierra, una carta amistosa, claro, en uno de cuyos párrafos le mencionaba lo de las noches de Calíope y el Sol. Y «usted» me contestó a ello preguntándome si recordaba esto por propia memoria, o bien lo había leído consultando los archivos de contraseñas de las guardias de palacio. Curioso, ¿verdad?

Carl se mordió los labios. Demasiado curioso.

¡Diablos con la chica! Era capaz de haber escrito efectivamente la carta a que aludía al verdadero Shano, y haber recibido contestación. Y él no sabía nada de aquello, no le habían puesto al corriente. Había sido un buen patinazo.

Fue a abrir la boca para decir algo, pero no pudo. La muchacha no le dejó, poniéndose a hablar ella. Y las palabras que dijo le hicieron cerrar la boca de golpe.

-¡Oh, no se preocupe excesivamente por esto! -exclamó, apartándose de la barandilla de mármol y echándose a reír-. Es sólo un detalle sin importancia -y luego, como excusándose-: Perdóneme, pero he de volver al salón, a reunirme con los demás. Usted puede quedarse aquí un poco más si lo desea; es un lugar muy tranquilo. «Buenas noches, míster Donovan».

Y dio media vuelta graciosamente, encaminándose hacia la puerta que comunicaba con el salón.

CAPÍTULO III
SOSPECHA

Carl quedó textualmente viendo visiones. Durante unos segundos su sorpresa fue tanta que no pudo reaccionar. Y cuando sus músculos respondieron a su cerebro, la joven había desaparecido ya por la puerta, camino del salón.

Se lanzó en seguimiento de ella, penetrando rápidamente en la iluminada estancia. La transición brusca de la oscuridad a la luz le hirió los ojos, impidiéndole ver por unos momentos. Cuando se recuperó, Lana se encontraba ya al otro lado de la sala. Intentó avanzar hacia ella, pero alguien se interpuso en su camino.

-Perdón, Shano. Desearía hablar un momento con vos.

Carl miró al que le había interpelado. Era Norrinholt, uno de los consejeros. Durante unos minutos tuvo que escuchar las cosas vacías, intrascendentes, que el otro le decía. Fue respondiendo con monosílabos, mientras sus ojos no se apartaban ni un segundo de la figura de la hija de Sirokhort. Ésta se encontraba hablando con otro hombre, y cuando se inició el próximo baile bailó con él. Carl fue soportando el chaparrón de palabras del otro, hasta que al fin pudo librarse diplomáticamente de él. En aquellos momentos terminaba la pieza. Se lanzó hacia la muchacha, y la cogió por un brazo.

-Un momento, Lana.

Ella se volvió, sonriéndole encantadoramente.

-¿Qué desea Shano? ¿Por casualidad quiere compartir conmigo el próximo baile?

En aquel mismo momento los instrumentos iniciaban otra pieza, y la joven lo arrastró hasta la pista, sin dejarle decir nada, y Carl no tuvo más remedio que seguirla sin rechistar.

Los bailes calíopes tenían una remota semejanza con las antiguas danzas terrestres de las cortes francesa y española de la Edad de Oro. No se bailaba por parejas, sino en conjunto. La música que los acompañaba era extraña, discorde, pero hermosa, que penetraba profundamente y dejaba un grato recuerdo sedativo. Carl fue siguiendo los giros y evoluciones de la música, sin apartar ni un momento los ojos de la muchacha. Al fin, llegó un momento en que se encontró de nuevo frente a Lana. La retuvo unos

momentos.

-¿Qué ha querido decir ahí afuera con aquello de Donovan? -preguntó.

-Nada, era una broma simplemente. ¿Por qué? ¿Se ha enojado acaso por ello?

Carl se mordió los labios. Aquello no le gustaba. ¿Cómo sabía que él se llamaba realmente Donovan? No podía tratarse de una coincidencia, el aire de la muchacha lo desmentía. ¿Entonces? Debía averiguarlo.

Pero la joven se desasió nuevamente de él, antes de que pudiera formular una nueva pregunta, para seguir las circunvoluciones de la danza. Carl tuvo que refrenar su impaciencia y aguardar un nuevo momento propicio. Pero le falló, porque Lana abandonó el baile antes de volver junto a él, dirigiéndose hacia su padre y hablándole brevemente, hecho lo cual salió rápidamente de la sala.

Carl tuvo que terminar el baile para no despertar sospechas. Hecho esto, se dirigió también hacia el presidente de Calíope.

-¿Qué hay, Shano? -inquirió éste cortésmente-. ¿Se divierte?

Carl hizo un gesto ambiguo.

-He observado que su hija ha abandonado el salón. ¿Le sucede algo?

-¡Oh, nada! Una ligera indisposición, me ha dicho: Creo que no será nada de importancia. ¿Por qué?

-No, por nada. Estábamos bailando juntos, y he visto que se iba sin decirme nada...

Sirokhort sonrió levemente.

-No será necesario preocuparse por tan poca cosa -dijo-. No vale la pena.

Pero Carl consideraba que sí valía la pena. Estaba preocupado, y mucho más de lo que aparentaba.

* * *

El resto de la reunión transcurrió demasiado lentamente para Carl. No cabía duda de que Lana se había retirado para no tener que contestar a sus preguntas, lo cual quería decir que tenía algo que contestar. Aquello le hacía pensar muchas cosas, nada agradables por cierto.

Sirokhort comunicó al final de la reunión a todos los consejeros que a la mañana siguiente se celebraría un consejo para estudiar y discutir algunos

puntos pendientes de resolución. Después de esto, la reunión se disolvió.

Carl regresó a sus habitaciones. Era demasiado tarde para ir al encuentro de Lana, y lo decidió postergar para la mañana siguiente. Entonces se enteraría de la verdad. Llegó frente a su puerta, abrió, y se metió dentro.

Las habitaciones del palacio de la presidencia estaban habilitadas de modo que la luz se encendiera inmediatamente después de abrirse la puerta, mediante un sistema automático. Por lo tanto, la luz de la habitación de Carl tenía que haberse encendido apenas entrar él.

Pero no se encendió.

Y apenas acababa Carl de entrar, una sombra felina se lanzó a su espalda, derribándolo en el suelo, al mismo tiempo que otra acudía presurosamente a cerrar la puerta y ayudar a su compañera.

Carl se revolvió en la oscuridad, intentando hacer frente a sus repentinos agresores. El enemigo que tenía a su espalda era bastante fuerte, pero logró quitárselo de encima mediante una hábil llave de lucha. Se puso en pie, y el otro se lanzó contra él, logrando impactar su puño en su estómago. Carl reculó, intentando taladrar con su vista las tinieblas que le rodeaban. Pensó que aunque él no viera al enemigo, estaban equilibrados, ya que el enemigo tampoco podía verle a él.

Pero sobre este punto se equivocó. Sin saber de dónde venía, un puño fue a estrellarse contra su cara. Y seguidamente, otro le acarició el estómago, haciéndole expeler el aire de una sola bocanada. Braceó en el aire, intentando encontrar a su enemigo, pero sus manos sólo agarraron el vacío. Recibió un nuevo golpe, esta vez en el costado, y estuvo a punto de derrumbarse en el suelo. Anduvo unos pasos tambaleante, y de repente sintió que unos brazos hacían presa tras su cabeza, intentando inmovilizarle.

Se revolvió. No comprendía cómo sus enemigos podían moverse con tanta precisión en la oscuridad, pero ahora no era momento de buscar explicaciones inútiles. Se deshizo del abrazo enemigo con una contrallave, y aguardó.

En el silencio reinante solamente se oían las respiraciones de sus dos atacantes y la suya propia. Era una lucha silenciosa, callada, pero rudamente efectiva. Carl no sabía si los dos enemigos que tenía frente a sí estaban en disposición de combatir, o había logrado eliminar alguno. No sabía nada. Solamente sabía que estaba en franca desventaja, y que era un suicidio

intentar presentar pelea.

De modo que decidió batirse en retirada. Fue retrocediendo lentamente, oyendo frente a él las dos agitadas respiraciones de sus contrincantes. Sus manos tantearon a su espalda, hasta encontrar la pared. La fue recorriendo a su largo, hasta que sus manos tropezaron con el entrante de la puerta. Buscó el pomo en la oscuridad, y terminó hallándolo. Los otros dos permanecían inactivos, como al acecho. Si tenía la oportunidad de abrir la puerta...

Pero no pudo. Repentinamente, pareció como si un ciclón se abatiera sobre él. Recibió un golpe en la cabeza, otro en el estómago, y luego otro en la barbilla, casi simultáneos. Sintió como si el mundo se desplomara sobre él. Quiso reaccionar, pero recibió otro golpe en la cabeza que le hizo ver las estrellas. Las piernas se le doblaron, y lentamente fue deslizándose, apoyado en la puerta, hasta quedar tendido en el suelo. Cuando llegó a él, ya había perdido el conocimiento...

* * *

Se despertó con un terrible dolor de cabeza. Se encontraba tendido en el suelo, en incómoda postura. Alzó la vista, y vio ante sí una débil claridad.

Se levantó penosamente, apoyándose en la puerta que tenía a sus espaldas. La visión se le aclaró, y pudo ver ante sí la silueta de dos ventanales, a los que iluminaba una pálida luz proveniente del cielo. No le costó mucho identificar bajo aquella luz el lugar donde se hallaba: su propia habitación en el palacio de la presidencia.

Paseó la mirada por su alrededor. Todo parecía estar en orden, nada había cambiado. Y sin embargo, él había sido atacado por dos hombres en la oscuridad. ¿Por qué motivo?

Cuando las brumas de su cerebro se alejaron y pudo andar sin que la cabeza le diera vueltas, procedió a examinar la habitación, metro a metro. Los interiores de los cajones estaban en perfecto orden, todas las cosas en su sitio...

Quedó pensativo. Según las apariencias, dos hombres le habían atacado por el simple motivo de darle algunos golpes. Nada le faltaba, nada había desaparecido. ¿Cuál era la explicación lógica de aquello?

Ya que no habían intentado nada contra él salvo dejarlo fuera de combate, lo más lógico era pensar que buscaban algo que debía de estar en

aquella habitación. Pero todo estaba en orden, nada faltaba. Si en realidad habían efectuado allí un registro, habían tenido buen cuidado de volverlo a dejar todo exactamente como estaba antes...

Fue al fijarse en la pequeña pero magnífica biblioteca de la estancia cuando se dio cuenta de que no todo estaba exactamente como antes. La biblioteca estaba formada por unos cincuenta volúmenes de hojas metálicas, y el primer estante lo ocupaban los siete que formaban la obra «La gran aventura del hombre», la novela cumbre de la literatura calíope, un verdadero Quijote extraterrestre. Recordaba que la tarde anterior, ojeando la biblioteca, había echado un breve vistazo a esta obra. Los tomos estaban correlativamente ordenados. Sin embargo, ahora los tomos segundo y tercero precedían al primero, y el sexto venía antes del quinto.

Ya no le cupo ninguna duda de lo que habían venido a hacer aquellos dos desconocidos en su habitación. Buscaban algo, pero ¿qué?

Se acercó al mecanismo de luz automático y lo examinó. Sí, alguien lo había inutilizado deliberadamente.

Quedó pensativo. El que le atacaran hacía suponer que quizás les había sorprendido en pleno registro, ya que de otro modo no se concebía que lo hubieran hecho. Pero esto quería decir que todo el registro lo habían efectuado a oscuras, en plenas tinieblas. Además, la sorprendente forma con que habían acertado sus golpes contra él, como si adivinaran dónde se encontraba, dónde debían pegar...

Dejó escapar una exclamación de sorpresa. Aquello quería decir que los que le habían atacado no eran calíopes, sino habitantes de Astra. ¡Porque los habitantes de Astra eran los únicos que tenían la cualidad de ser nictálopes, de poder ver en la oscuridad!

Volvió a revisar la habitación, buscando algo que faltara, algo que pudiera representar un indicio de qué era lo que buscaban los que le habían atacado. Indudablemente tenían que haber sido hombres de Astra, ya no le cabía ninguna duda. Pero esto quería decir que conocían su verdadera identidad, sabían que él no era un simple consejero como se había presentado en Calíope. O quizás no era eso. Quizás lo único que buscaban era algo que les permitiera sospechar de él. Quizás sólo querían asegurarse de que él, Shano, el consejero que acababa de llegar de la Tierra, no podía representar un peligro para ellos.

«Buenas noches, míster Donovan».

La frase le vino repentinamente a la cabeza. Míster Donovan. Lana conocía a ojos vistas su verdadera identidad. Y si ella la conocía, ¿por qué no la podían conocer otros?

La sospecha se abrió en su mente. Lana era una muchacha encantadora, era la hija del propio presidente de Calíope, pero...

«Tendré que averiguar todo lo que pueda sobre este punto», se dijo. Allí podía encontrar parte de lo que había venido a buscar.

Sonrió. De todos modos, los que habían registrado su habitación no habían encontrado nada sospechoso. No podían haber encontrado nada sospechoso. Lo único sospechoso que tenía lo llevaba encima, e indudablemente nadie recaería en ello.

Se sentó en un sillón, y se sacó el anillo que llevaba. Era un aro de oro puro, en el que iba engarzado un grande y valioso rubí. Pero lo que nadie sabía era que bajo la inofensiva apariencia de aquel anillo se ocultaba una potentísima microemisora de frecuencia especial, con la cual iban pertrechados todos los agentes de Seguridad Estelar. Apretando un oculto resorte el rubí se abrió como una puertecilla, y bajo él apareció una maravilla de cables y transistores en miniatura. Con sumo cuidado movió una minúscula palanquita situada a un lado del conjunto, y volvió a cerrar el rubí. Luego, apretó por tres veces consecutivas la piedra, haciendo lo mismo en intermitencias de quince segundos. No tardó ni un minuto en que de la piedra escaparan unos suaves sonidos, en forma de tres pitidos acompasados, demostrativos de que al otro lado estaban también transmitiendo y a la escucha.

La pequeñísima microemisora estaba conectada directamente con la del jefe del grupo de agentes que se encontraban en Astra, dispuestos a investigar todo lo posible sobre la nueva arma y sus planes de invasión. Carl pulsó de nuevo el rubí, esta vez dos veces seguidas y dos espaciadas. Era la clave para indagar si había algo. No había nada todavía. No era necesario establecer comunicación por fonía.

Volvió a abrir el rubí, devolviendo la palanquita a la misma posición anterior. Cerró la piedra, y el anillo volvió a ser lo que era antes: un simple e inofensivo adorno.

Se puso en pie. En el exterior estaba clareando el día. Cuando

despuntara el sol, tendría que ir a investigar sobre lo de Lana. Pero antes había una reunión oficial con el presidente Sirokhort, Debía acudir.

* * *

La reunión versó sobre muchos problemas intrascendentes, a los que todos debían dar su opinión sobre la forma de resolverlos. Carl se portó como un consejero más, dando su punto de vista, discutiendo lo que creía era lo más acertado, rebatiendo argumentos contradictorios...

La reunión duró unas dos horas, transcurridas las cuales se dio por finalizada. Al despedirse, Carl hizo una seña preestablecida con el presidente, indicándole que necesitaba hablarle. Sirokhort contestó con otra seña. El camino estaría expedito a, la hora establecida.

A mediodía, como el día anterior, Carl acudió a las habitaciones particulares del presidente, donde Sirokhort se refugiaba unas horas después de la comida a fin de descansar un poco. Éste le esperaba, y en seguida indagó por el motivo de la entrevista.

Carl le puso al corriente de lo sucedido la noche anterior, y de su sospecha.

-¡Es absurdo! -exclamó Sirokhort-. Mi hija no puede ser ninguno de los traidores que buscamos,

-Muy bien. ¿Entonces podría decirme cómo sabe mi nombre verdadero?

El presidente se sumió en honda meditación.

Y tuvo que acabar reconociendo que no podía explicar nada.

-¿Esta habitación es segura?

-Absolutamente. Es a prueba de infiltración de ruidos. Desde fuera no puede oírse nada, aunque el que esté allí pegue su oído a la puerta. Además, si alguien se acerca, las células-robot que hay instaladas en las inmediaciones me avisan inmediatamente de su proximidad, y las pantallas televisoras instaladas junto a ellas me dan la imagen de quien es el visitante.

-Pero ayer su hija penetró aquí sin que ni las células-robot ni las pantallas detectaran su presencia.

Sirokhort quedó pensativo.

-Mi hija... Sí, es la única que puede hacerlo. Las ondas de las células-robot se nulifican en su cuerpo, haciendo que no sea detectada. Ella y mi mujer, cuando vivía, han sido las únicas personas que han estado exentas de

esto.

Carl asintió con la cabeza. Conocía las células-robot y sus posibilidades de nulificación en determinadas personas u objetos. En la Tierra también se usaban, aunque sus orígenes estuvieran en Calíope. Sabía que no había nadie que pudiera nulificar su cuerpo a las ondas, a menos que el instalador de la célula-robot lo supiera. Por este lado podía estar tranquilo.

-¿No hay posibilidad de micrófonos ocultos? -preguntó.

-No. Ésta es la única habitación del palacio donde esto es totalmente imposible.

-Está muy seguro.

-Lo estoy. Yo mismo me encargo periódicamente de revisarlo mediante un detector especial. Si hubiera alguno, lo sabría. No hay peligro en esto.

-Muy bien. Entonces tendremos que dedicamos a investigar la razón del porqué su hija sabe mi verdadero nombre e identidad.

-No lo comprendo, Donovan -murmuró-. No lo comprendo.

Sirokhort movió la cabeza dubitativamente, y fue a sentarse en un sillón.

-Yo tampoco -respondió Carl-. Lo mejor será preguntarlo directamente a ella. Y sería mejor que, aun aquí, siguiera llamándome Shano. Una simple medida de precaución.

El presidente asintió con la cabeza.

-Bien; por ahora la única pista que tenemos es su hija -prosiguió diciendo Carl-. Tal vez aquí encontremos algo que nos ayude a poner en claro el resto. De modo que voy a intentarlo.

-Sí, tal vez sea lo mejor. Aunque no lo comprendo...

Carl movió la cabeza. Él tampoco lo comprendía, pero su misión era intentar comprenderlo.

Y sabía lo que tenía que hacer para esto.

* * *

La hija de Sirokhort tenía por costumbre dar un paseo por los jardines que rodeaban el palacio cada día, a media tarde.

Aquel día, Lana recibió una sorpresa en su paseo vespertino. Y la sorpresa se la proporcionó Carl, apareciendo bruscamente de detrás de unos altos arbustos, avanzando rectamente hacia ella.

-Buenas tardes, Lana -saludó-. ¿Cómo se encuentra de su... indisposición?

La joven sonrió deliciosamente.

-Muy bien, Shano. No era nada importante.

-Me alegro. ¿Puedo acompañarla, o volverá a sentirse indispuesta?

-No lo sé, espero que no. Aunque me parece que soy alérgica a usted. Alérgica. ¿No lo llaman así los terrestres?

Carl se encogió de hombros,

-No lo sé. Soy de Calíope, aunque haya estado muchos años en la Tierra. Y no todas las costumbres y expresiones terrestres se me han pegado como... como el fumar.

-Sí, tiene razón.

Iban andando por el sendero, cruzando entre arbustos y matorrales artísticamente esparcidos, Pronto llegaron a un lugar donde no podían ser vistos sin que ellos se dieran cuenta. Carl refrenó su marcha, y llamó:

-Lana.

La joven se volvió hacia él, mirándole con ojos interrogadores. Carl le hizo seña de que se acercara,

-Hay algo que quiero preguntarle, Lana -dijo-. Algo referente a ayer por la noche.

La muchacha enarcó las cejas.

-¿Ah, sí?

-Sí. Usted me llamó ayer Donovan. Un hombre terrestre. ¿Por qué lo hizo?

-¡Oh, ya se lo dije! Sólo fue una broma. Igual le pude haber llamado... Smith, por ejemplo.

-No es lo mismo, Lana -Carl la miró fijamente a los ojos-. Usted lo hizo por otra razón, tuvo otros motivos. Y quiero que me los diga.

Ella se echó a reír.

-¿De veras? No creo que pueda obligarme.

Carl encajó los dientes. La muchacha parecía hablar en tono de broma, pero aquel asunto era muy serio. Tal vez Lana no se diera cuenta de la trascendencia de todo ello, o tal vez sí. Pero el caso era igualmente importante.

En un ademán rápido, adelantó su mano, atenazando a la muchacha

por la muñeca. La atrajo hacia sí, presionando sus dedos fuertemente.

-¿Está segura de que no puedo obligarla?

Ella mantuvo firmemente su mirada. La sonrisa había desaparecido de sus labios.

-¡Suélteme! -gritó-. ¡Me está haciendo daño!

Por toda respuesta, Carl dio un brusco giro a su muñeca. Lana se retorció, intentando liberarse de la presa. Al no conseguirlo, tuvo que dar media vuelta para mitigar el dolor, colocándose de espaldas a Carl.

-Sé que le hago daño -murmuró éste, casi al oído de la muchacha-, y lo lamento mucho. Pero es imprescindible. Necesito saber el porqué de su conducta de anoche. Y pienso saberlo.

Y retorció un poco más su muñeca. La muchacha dio un paso hacia atrás, y Carl sintió el contacto de su cuerpo junto al suyo. Estuvo tentado de soltar la presa, pero se contuvo. Ante todo tenía una misión que cumplir. Y necesitaba saber aquello,

-¡Se lo diré a mi padre! -chilló Lana, forcejeando por deshacerse-. ¡Su proceder es canallesco!

-Lo sé -Carl la tenía sujeta firmemente, impidiéndole todo movimiento defensivo-. Pero a pesar de todo debo hacerlo. Usted tal vez no lo sepa, pero esto significa mucho para mí. Necesito que me diga la verdad.

La muchacha tenía casi lágrimas en los ojos. Carl sentía su cuerpo palpitar muy cerca del suyo. Se mordió los labios. Ahora ya había empezado: debía terminar.

-¿Está dispuesta a decírmelo? -inquirió, a la par que hacía girar un poco más su muñeca. La muchacha dejó escapar un grito de dolor.

-¡Está bien! -chilló ella-. ¡Se lo diré! ¡Tuve ocasión de leer la comunicación del gobierno de la Tierra en la que avisaba que un agente de Seguridad Estelar llamado Donovan vendría a Calíope para proceder a la investigación de no sé qué! ¡Y ahora suélteme!

-No, todavía no. Antes he de hacerle algunas preguntas más. ¿Dónde encontró esta comunicación?

-¡En las habitaciones de mi padre!

-Muy bien. ¿Por qué me llamó a mí precisamente Donovan? ¿Acaso sabía que yo era este hombre?

-¡No estaba segura, lo dije para comprobarlo! ¡Sabía que usted no era

Shano, y por eso lo hice!

-¿Qué hay de la carta que dijo había escrito a Shano hace unos meses? ¿La escribió realmente?

-¡Sí! ¡Y suélteme de una vez!

-Todavía no he terminado con usted. ¿Le dijo a alguien de esta comunicación? ¿Sabe de alguien que sepa lo mismo que usted?

-No, nadie.

-¿Está completamente segura?

-¡Sí, completamente! ¡Y ahora suélteme de una vez!

Carl lo hizo, y la muchacha se revolvió, enfrentándosele.

-Esto que ha hecho lo va a pagar caro, Shano o como se llame -exclamó-. Mi padre puede...

-Su padre no hará nada, Lana. Nada, salvo quizás darle la paliza más grande que haya recibido en su vida.

-¡Eso lo veremos!

La muchacha se disponía a salir corriendo, pero Carl la retuvo por un brazo.

-Un momento. Todavía no he terminado con usted.

Ella le miró, desafiante.

-¿Qué quiere ahora?

-Nada. Solamente advertirle que no debe decir a nadie lo que ha sucedido aquí, ni lo que sabe. A nadie absolutamente, ¿comprende?

-¿Y qué pasaría si lo dijera?

Carl la cogió por los hombros, y la atrajo hacia sí. Sus dedos se hincaron en la carne de la muchacha.

-Tal vez usted no sepa lo que esto significa -silabeó-. Tal vez en su inconsciencia crea que todo es un juego de niños. Pero he de decirle que hay miles de vidas en juego aquí. Cualquier indiscreción suya podría ser fatal para estos miles de vidas. Y le advierto que, ante la elección, preferiría matarla a usted que poner en peligro la vida de tantas personas. ¿Ha comprendido? Y conste que no bromeo.

Soltó a la muchacha, que retrocedió unos pasos. Luego dijo:

-Ahora ya puede irse. Pero no olvide lo que le he dicho. No lo olvide por nada del mundo.

Lana no se fue. Se quedó allí, mirando atentamente a Carl. Murmuró:

-¿Qué... qué ha querido decir con esto?

Carl se mordió los labios, pasándose una mano por la cara, como si quisiera despejar una imaginaria bruma. Pensó en que, a pesar de todo, la muchacha podía mentir. Pensó que ella podía ser una de las personas a las que tenía la misión de descubrir, que todo lo que le había dicho era un cuento. Pero a pesar de todo, ¿qué importaba decírselo? Al fin y al cabo, si era así ella ya lo sabía.

-Astra está preparando invadir Calíope -explicó-. Y hay varios agentes de Astra entre los consejeros de su padre. No sé quiénes son ni en qué número, pero es preciso descubrirlo antes de que sea demasiado tarde. Yo soy quien debe hacerlo. Y si ellos saben algo, sospechan siquiera algo por usted, estará todo perdido. ¿Lo comprende ahora?

Lana dudó unos momentos, y luego asintió con la cabeza,

-Entonces... ¿usted es realmente Donovan?

-Sí. Soy Carl Donovan, agente de Seguridad Estelar. Ahora ya lo sabe con certeza. De modo que vaya con cuidado. Porque si me entero de que por su culpa hay algo que ha salido mal, le prometo que la mataré con mis propias manos.

La muchacha bajó la cabeza. Luego, con voz apenas audible, murmuró:

-No... no tema. No diré absolutamente nada a nadie.

Dio media vuelta, y echó a correr camino al palacio.

CAPÍTULO IV

¡DESCOHESIÓN!

Carl se quedó contemplando la marcha de la muchacha. Cuando Lana desapareció por uno de los recodos del camino, suspiró. ¡Bueno, ya estaba hecho!

Empezó a pasear, andando lentamente hacia palacio. Impensadamente, había dado un giro a la conversación que no tenía la menor intención de darle. Había actuado como si ya supiera de antemano con seguridad que la muchacha era inocente de toda sospecha. ¿Por qué?

Recordó la mirada de Lana, sus ojos profundos, el calor de su cuerpo junto al suyo... ¡Dios! ¿Se estaría enamorando de la muchacha? Aquello era una tontería, una solemne tontería.

«Pero es verdad -tuvo que reconocerse a sí mismo-. Has procedido así, como si ella no tuviera la menor culpa de nada. ¿Y quién te dice que no fue ella misma quien ordenó que registraran tu habitación? En la fiesta habló con alguien después de hacerlo contigo, y luego salió precipitadamente a mitad del baile. La explicación que ahora te ha dado es plausible, es cierto, pero...»

Sería conveniente discutir el asunto con Sirokhort, se dijo. No era cuestión de dar un paso en falso por haber hecho un juicio demasiado precipitado.

Se trazó un camino a seguir. Actuaría como si el registro de su habitación hubiera sido efectuado tan sólo con el fin de averiguar algo sobre él. Pero extremaría sus precauciones. Vigilaría constantemente. No quería encontrarse con una sorpresa en el momento menos pensado.

Se dirigió a sus habitaciones, y una vez dentro de ellas aseguró la puerta, comprobando los ventanales y el perfecto funcionamiento de las células-robot instaladas a la entrada. Hecho esto, empezó a redactar su primer informe a la Tierra. Al mismo tiempo, pedía se le facilitaran datos extraoficiales sobre la hija de Sirokhort. Una vez terminado lo cerró en un cartucho especial, y se lo guardó en el bolsillo para enviarlo a la mañana siguiente por el conducto especial de Seguridad Estelar.

Después se levantó. Hoy por hoy no tenía nada que hacer, se dijo. Por lo tanto, era mejor recuperar fuerzas. De modo que volvió a comprobar todas las puertas y ventanas de la habitación, y se retiró a descansar.

* * *

Calíope, como planeta y como Estado, estaba dividido en dieciséis regiones o departamentos. El cargo de Consejero del Pueblo tenía entre otras misiones, como era la de reunirse periódicamente con el presidente para discutir los diversos asuntos dudosos del gobierno general de Calíope, la de hacerse cargo del gobierno (los de Calíope lo llamaban cargo resolutivo, ya que sólo y únicamente consistía en resolver los problemas que se pudieran presentar que el gobernador del departamento considerara superiores a sus atribuciones) de uno de los departamentos. El propio Sirokhort tenía asignado el departamento número uno, o sea, el de la capital y zona adjunta. Los otros dieciséis estaban a cargo de los consejeros. Había, por lo tanto, dieciséis consejeros, incluyendo al propio Carl.

Éste, mientras a la mañana siguiente desempeñaba sus funciones, fue repasando todos los datos que había obtenido. Los historiales de los consejeros eran largos, espléndidos, y honestos todos ellos. Como había dicho el propio Sirokhort, no se podía sospechar de nadie en particular. No había ninguno que pudiera ser más objeto de sospechas que los demás. Todos parecían estar libres de cualquier cargo, y sin embargo había algunos que eran traidores. Y no uno solo.

Los consejeros tenían su alojamiento en el propio palacio, en el ala sur, repartidos entre los dos primeros pisos. El ala norte del primer piso estaba reservada para Sirokhort y su hija, y la de la planta baja, correspondía a los despachos y lugares de trabajo. La tercera planta, completamente aislada de las otras dos, estaba reservada para el resto del personal.

El palacio estaba completamente protegido exteriormente por un arco de sistemas de alarma, amén de una numerosa guardia en las entradas y demás accesos. En el interior, en cambio, las habitaciones que lo requerían tenían protección por células-robot. Además, tenían la particularidad de que sus puertas no podían abrirse si no era con sus propias llaves electromagnéticas y éstas no podían falsificarse, su propia naturaleza lo impedía. De modo que la seguridad era absoluta.

Y sin embargo, constaba que importantes documentos estratégicos y secretos habían pasado a poder del enemigo.

Carl no veía la solución de todo aquello. No comprendía cómo podía ser. Y sin embargo, debía comprenderlo. Debía desentrañar aquel enigma, era

su misión.

A mediodía se puso en comunicación con Sirokhort en sus habitaciones. Le entregó el primer informe redactado por él para que lo enviara directamente a la Tierra por el conducto especial de Seguridad Estelar, y luego le relató todo lo sucedido desde la tarde anterior, e inquirió algunos datos. Sí, Lana podía haber leído la comunicación de la Tierra en la que se le anunciaba que Carl Donovan se dirigía a Calíope. Ella era la única, además de él, que podía entrar en sus habitaciones particulares, a excepción hecha de los robots limpiadores.

-Pero es inútil tratar de hallar algo contra ella -murmuró-. No puede ser nadie de los que buscamos.

Carl dijo que sí con la cabeza, pero se reservó su opinión. Aunque íntimamente él también creía en la muchacha, en Seguridad Estelar le habían enseñado a desconfiar de todo y de todos. Y así lo hacía.

Hizo algunas preguntas más al presidente sobre lo que le interesaba, y luego salió de allí como había venido.

Durante toda la tarde prosiguió su trabajo oficial. El sector que a él le correspondía era el tercero, el denominado de las grandes lagunas. Era un terreno pantanoso, poco apto para la agricultura y la industria, y tenía muy pocos habitantes. Por lo tanto, el trabajo y los problemas que en él se planteaban eran escasos; por eso se lo había adjudicado Sirokhort a él. Resolvió los pocos que había, ninguno de los cuales era lo suficientemente importante o difícil como para pasar a la presidencia y ser discutido en consejo. Luego, cuando terminó, sin nada importante que hacer, se entretuvo deambulando por el palacio y curioseando por los alrededores, mientras su mente carburaba intensamente sobre lo que le preocupaba.

Y entonces recibió la llamada.

La potente microemisora que llevaba en el anillo tenía un sistema peculiar y practiquísimo para recibir llamadas en cualquier momento, avisando a su dueño de que alguien quería hablar con él. Cuando alguien comunicaba por mediación de ella la misma emisora se ponía automáticamente en funcionamiento, lanzando una señal en forma de ultraondas que eran recogidas por el individuo que llevaba el anillo en forma de una especie de escozor en todo el cuerpo, no lo bastante intenso como para producir molestia, pero sí lo suficiente como para percibirlo, aún estando

dormido.

Apenas Carl lo notó, regresó a su habitación. Indudablemente le comunicaban desde Astra, se dijo. Lo cual era señal de que tenían algo importante que decirle.

Apenas en su habitación, aseguró las puertas, instaló la protección de las células-robot, y fue a sentarse frente a su mesa, sacándose el anillo del dedo. Lo abrió, movió la palanquita que lo ponía en funcionamiento directo, lo volvió a cerrar, y pulsó por tres veces el rubí, en señal de haber captado la llamada. La respuesta fue también tres suaves pitidos, uno largo, uno corto y otro largo. Era la señal de que deseaban comunicar por fonía.

Carl volvió a abrir el rubí, moviendo la palanquita hacia la izquierda. Luego, acercándose el anillo a la boca, susurró:

Aquí agente Donovan. Estoy a la escucha.

Se acercó el anillo al oído, y pudo percibir claramente la voz de su interlocutor, inaudible, no obstante, para cualquier otra persona que pudiera estar en la habitación o bien escuchar lo que en ella se decía por micrófonos ocultos.

-Aquí agente Rosemberg, destacado en Astra. Atención, Donovan, ¿me oye?

Carl volvió a acercar el anillo a su boca.

-Perfectamente, Rosemberg. ¿Tiene alguna noticia interesante?

-Sí, algo muy importante. Hemos logrado descubrir algo sobre la misteriosa arma que posee Astra. No sabemos lo que es concretamente, pero hemos podido averiguar que se trata algo relacionado con la descohesión. Un arma que tiene por base la descohesión.

Carl, casi involuntariamente, apartó un poco el anillo de su oído.

-¡Descohesión! -murmuró para sí mismo-. ¡Diablo!

-Atención, Donovan. ¿Me oye?

Carl volvió a prestar de nuevo atención al anillo.

-Sí, perfectamente. ¿Sabes algo más?

-Sí. El arma no se encuentra aquí en Astra, sino en el propio Calíope. No se ha podido averiguar dónde, pero indudablemente se encuentra allí. No sabemos nada más sobre el particular.

-De acuerdo. ¿Han logrado descubrir alguna otra cosa?

-Sí, algunas más. La invasión empezará, según lo que hemos podido

averiguar, en el propio Calíope. Muchos agentes de Astra se encuentran en él, confundidos entre los calíopes. Ellos son los encargados de iniciarlo todo.

Carl arrugó el ceño.

-¿Muchos agentes de Astra confundidos entre los calíopes?

-Sí. Ya sé que parece absurdo, pero éstos son los informes. Ahora, el principal foco que hay que atajar es Calíope, no Astra. Aquí reina gran agitación; al parecer, el momento se está acercando. La reserva que había sobre el particular parece haber cedido un poco, y gracias a ello hemos podido averiguar todo esto. Ahora, virtualmente, nuestra misión ha terminado. De modo que pasaremos todas estas noticias a los restantes agentes de Calíope, para que empiecen allí la investigación en este sentido. ¿Desea alguna aclaración?

Carl tardó un poco en contestar.

-No... creo que no. Si acaso, volveré a establecer comunicación.

-Muy bien, de acuerdo. Corto.

Carl tardó unos instantes en cerrar la emisora. El ama secreta de Astra estaba relacionada con la descohesión. Y se encontraba instalada en Calíope, no en Astra. Además, la invasión principiaría en Calíope, ya que allí se encontraban infiltrados numerosos agentes de Astra. Y, según los indicios, muy pronto.

¡Pero aquello era absurdo!

Fundamentalmente, los hombres de Astra y los de Calíope tenían diferencias de constitución y características externas claramente perceptibles. Entre ellas, se encontraban los ojos. Aunque a simple vista parecían iguales a los de los calíopes, los ojos de los habitantes de Astra eran nictálopes. Además, entre otros rasgos de la cara, tenían unas orejas algo puntiagudas, los pómulos muy salientes, la nariz chata y la barbilla algo hundida con relación al resto del rostro, por lo que era muy fácil distinguir a un hombre de Astra de un calíope. ¡Y sin embargo, según parecía, varios hombres de Astra se encontraban en Calíope y nadie se había dado cuenta de nada!

Por otra parte, existía la nueva y desconocida arma de Astra. Descohesión. Y se encontraba también en Calíope.

Empezó a pensar. La cohesión es la fuerza íntima que une la materia entre sí. La descohesión es, por lo tanto, lo contrario. En la Tierra se había intentado ya algunas veces idear el proceso que produjera la descohesión de

las moléculas de los cuerpos, pero nunca se había logrado llevar a buen éxito la experiencia. ¿Acaso los hombres de Astra lo habían logrado?

No se le ocultaban los poderes de un arma semejante. Una bomba de este tipo, de suficiente potencia, podía hacer desaparecer una ciudad entera. No destruirla, sino hacerla desaparecer completamente, sin dejar ningún vestigio de ella ni de sus habitantes. Tan sólo quedaría en su lugar un pequeño embudo en la tierra... y nada más.

Y Astra tenía un arma de este tipo. En el propio Calíope.

Por medio del anillo-emisora se puso en comunicación con el grupo de agentes que actuaban en Calíope, entre la población. Habían recibido ya el mensaje de Astra, de modo que sabían ya a qué atenerse. Carl les inquirió por lo que supieran .de los habitantes de Astra infiltrados entre la población de Calíope.

-Nada -fue la respuesta-. No hemos visto absolutamente nada sospechoso. Por otra parte, si los de Astra se encuentran por aquí, no creo que se dejen ver mucho en público. Todo el mundo los reconocería fácilmente.

-Sí, claro -respondió Carl.

Pero no estaba íntimamente convencido de ello. Al parecer, los de Astra tenían algo que les permitía hacerse pasar por habitantes de Calíope. Y si era así... el planeta podía estar infestado de enemigos.

Se puso en pie. Era preciso actuar cuanto antes. No sabían cuándo se podían lanzar los otros, pero las palabras de los agentes de Astra parecían pronosticar que esto sería pronto. Quizá a la mañana siguiente mismo. Era mejor prevenirse.

Era ya casi de noche, y supuso que Sirokhort estaría ya en sus habitaciones. De modo que hacia allí se dirigió.

La puerta era franqueable, ya que desde el interior el presidente tenía la protección y el aviso de las células-robot. Por eso, al llegar a ella la abrió sin ningún preámbulo, y penetró en el interior de las habitaciones.

Pero no era el presidente quien estaba en ellas, sino Lana.

La muchacha se levantó al verle entrar. Carl se sorprendió de encontrarla allí, pero se guardó muy bien de demostrarlo. Aparentando naturalidad, inquirió:

-¿Dónde se encuentra su padre?

Ella se encogió de hombros.

-No lo sé, míster Donovan. Aunque, según he podido oír, me parece que ha ido a la capital.

-Me llamo Shano, Lana -aclaró Carl-. Al menos, oficialmente -y tras una corta pausa-: ¿Ha dicho que ha ido a la capital? ¿Sabe para qué?

-No, aunque me parece que ha ido a enterarse de lo que pasa. Según se rumorea, ha habido disturbios esta noche.

Carl arrugó el ceño.

-¿Disturbios?

-Sí, eso han dicho. En los departamentos segundo y duodécimo.

Carl quedó pensativo unos instantes. Recordó las palabras del agente Rosemberg, de Astra. Según los rumores que corrían por allí, la invasión era inminente. ¡Cielos! ¿sería esto el principio?

-Míster Do... Shano -llamó la muchacha.

-¿Qué?

-Quisiera hablarle. Sobre lo... lo de esta tarde.

-¡Oh, no se preocupe por ello! -Carl hizo un gesto vago con la mano, como restándole importancia-. Olvídelo.

La muchacha negó con la cabeza.

-No, Shano, no puedo olvidarlo. Dígame, ¿no le ha extrañado mi presencia aquí, en las habitaciones de mi padre?

Carl dudó. Sí, en otras circunstancias sin duda le hubiera extrañado, pero ahora tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza para recaer en ello. Con todo, exclamó:

-Sí... un poco. ¿Por qué?

-Es que... Yo quería hablar con mi padre, ¿sabe? Quería decirle algo.

-No se preocupe por ello. Su padre ya sabe lo de que usted le... curioseó los papeles que tenía aquí. No es necesario que le dé explicaciones.

-Es que no se trata de esto, Shano. Lo que yo quería decirle a mi padre es otra cosa.

-¿Ah, sí? -Carl estaba deseando irse. Lo de los disturbios le había acabado de intranquilizar. ¿Podía ser que los de Astra hubieran empezado a actuar tan pronto?

La muchacha bajó un poco la cabeza. Murmuró:

-Esta tarde quizá me haya portado como una chiquilla tonta y estúpida, pero es que en realidad hasta ahora lo era. Creía que todo esto de la

política, del gobierno... era como un juego de niños, un juego divertido, donde se barajaban el comercio, la industria, la importación y exportación, la relación con otros planetas... igual que si se jugara con algún juguete. Pero esta tarde he comprendido que era algo muy diferente, algo que podía llegar incluso a ser peligroso. Usted mismo me lo ha demostrado, me lo ha hecho ver.

-Sí, claro -Carl estaba impaciente, deseaba salir de allí. Y le parecía que la muchacha lo único que quería era disculparse con él-. Perdone, Lana, pero tengo trabajo. Ya me lo contará en otra ocasión.

-No, un momento, Shano. Lo que quiero decirle es algo que creo puede ser muy importante. Usted me ha dicho esta tarde que entre los consejeros de mi padre, los restantes consejeros, había algunos que eran traidores a Calíope, ¿verdad?

-Sí, eso le he dicho -Carl inició una retirada hacia la puerta. Pero las próximas palabras de la muchacha le hicieron cambiar de opinión.

-Es que creo -dijo Lana-, que conozco la identidad de uno de ellos.

CAPÍTULO V
LA PRUEBA DE LAS TINIEBLAS

Carl regresó inmediatamente al lado de la muchacha.

-¿Qué ha dicho?

Lana tuvo que repetírselo. Creía haber descubierto a uno de los traidores.

-¿Sabe bien lo que dice, Lana? -murmuró Carl-. Piense que, como usted misma ha dicho, esto no es un juego. Es una cosa muy seria.

-Sí, lo sé, y por esto me he decidido a mencionarlo. Se lo quería decir a mi padre antes, pero como que él no se encuentra aquí...

-Está bien, dígamelo a mí. ¿Por qué sospecha de alguien en particular? ¿Qué motivos tiene?

-Motivos ninguno. Pero hace poco sucedió algo que me extrañó, y que ahora he relacionado con lo que usted me dijo esta tarde.

-¿Qué es?

-Verá, fue hace un mes aproximadamente. Celebrábamos una reunión, algo semejante a la que se celebró cuando vino usted de la Tierra.

Bailamos varios bailes, y después de uno de ellos, uno de los consejeros me invitó a dar una vuelta por el jardín. Salimos al exterior, y dimos un paseo, hablando. No recuerdo de qué hablamos, aunque eran cosas intrascendentes, de poca importancia. Y de repente, al fijarme en él advertí algo que me dejó perpleja.

-¿Qué?

-Al principio no supe qué era, sólo noté algo raro en su rostro. Pero luego, fijándome más, pude percibir que todo ello provenía de sus ojos. Era de noche, y las lunas apenas se veían como dos líneas en el cielo. Estaba relativamente oscuro. Y sin embargo, sus ojos fosforecían levemente, como animados por luz propia.

-¿Está segura?

-Sí, completamente. Confieso que aquello me dejó perpleja, pero no me atreví a decirle nada a él. Sin embargo, ahora...

Carl murmuró algo para sí mismo.

-¡Pero esto es lo mismo que decir que se trata de un hombre de Astra, no un calíope!

-Lo sé, Shano. Por esto se lo he dicho.

Carl movió dubitativamente la cabeza.

-¿Y quién era ese hombre?

-Arderhn -murmuró la muchacha.

Carl buscó en su memoria la ficha del consejero. Arderhn era el encargado del departamento número doce del planeta. ¡Y el número doce era en el que se habían producido los disturbios aquella misma tarde!

Pero el decir que Arderhn era uno de los traidores era lo mismo que decir que era un hombre de Astra. Y Arderhn llevaba doce años ininterrumpidos en el puesto de consejero.

Siempre había supuesto, hasta aquel momento, que los traidores que pudiera haber entre el Consejo del Pueblo eran calíopes infieles a su patria. Pero ahora se demostraba que no eran calíopes, sino hombres de Astra. ¿Podía un hombre de Astra haber usurpado durante doce años ininterrumpidos un puesto en el Consejo del Pueblo, sin ser descubierto en ningún momento?

Se dijo que no. Además, Arderhn había demostrado siempre fidelidad y celo en su trabajo. ¿Entonces?

¿Podía ser acaso que un hombre de Astra hubiera usurpado su puesto a Arderhn desde hacía poco? Sí, eso era lo más probable. Y lo más aceptable también.

Se volvió hacia la muchacha. Ésta le miraba con ojos interrogadores, como esperando. Por unos momentos pasó por su cabeza la idea de que podía estarle engañando, conduciéndole hacia una trampa. «¡Dios! -pensó-, ¿si no creemos en nadie, cómo vamos a conseguir nada?» Sí, tal vez la muchacha intentara engañarle, pero algo en su interior le decía que no. Además, nada costaba probar. Hasta ahora, aquél era el único indicio que tenía sobre lo que le interesaba. Debía aprovecharlo.

-Usted quédese aquí -ordenó a la muchacha-. Enciérrese fuertemente en esta habitación, y no deje a nadie penetrar en ella. No abra a nadie bajo ningún pretexto hasta que su padre y yo volvamos. ¿Ha comprendido?

Lana asintió con la cabeza.

-¿Adonde irá usted? -preguntó.

Carl se encogió de hombro».

-No lo sé todavía. Aunque me parece que no a divertirme precisamente.

Dio media vuelta, y salió de allí rápidamente.

*   *   *

Uno de los soldados de la guardia de palacio le informó que, efectivamente, Sirokhort había salido hacía poco con destino a la capital de Calíope, para entrevistarse con el gobernador de la ciudad, que era al mismo tiempo el jefe de la patrulla de seguridad del planeta, organismo equivalente a un término mixto entre la policía y el ejército terrestres. Carl mandó preparar un coche, con la indicación de que lo quería sin chófer, y poco después subía a él, partiendo raudamente en dirección a la capital del planeta.

El palacio de la presidencia estaba enclavado en las afueras de la capital, distante de ella unos veinte kilómetros como máximo. A medio camino, Carl detuvo el coche, abandonando el árbol del volante. Se reclinó en el asiento, y se sacó el anillo, poniéndolo en funcionamiento, hecho lo cual comunicó con el grupo de agentes que actuaba en Calíope.

Cuando el jefe del grupo inquirió lo que sucedía, Carl le preguntó por los pretendidos disturbios ocurridos en los departamentos dos y doce. La respuesta fue que no se sabía nada en concreto todavía. La noticia había llegado primeramente al gobierno de la capital, y éste la había retransmitido inmediatamente a Sirokhort, el cual había prometido acudir rápidamente allí para enterarse de todos los detalles y discutir el mejor medio de contrarrestarlo. No se sabía más.

-Está bien -respondió Carl-. Yo voy para allá. Intente averiguar todo lo que pueda sobre estos pretendidos levantamientos. Puede ser el principio de la invasión.

Cerró la comunicación, y volvió a poner el coche en marcha, reanudando el camino emprendido.

Poco después llegaba a la capital, y en ella al edificio de la gobernación. Detuvo el coche frente a su puerta, y saltó al exterior, ascendiendo a buen paso las escalinatas del edificio.

Dos guardias, que se encontraban custodiando la puerta de entrada, le cortaron con sus armas el acceso al interior.

-No se puede pasar -dijo uno de ellos-. Está prohibido.

-Soy el consejero Shano. Necesito ver inmediatamente al presidente Sirokhort.

El otro movió la cabeza.

-Lo siento. Éstas son las órdenes que he recibido.

-De acuerdo. Pero avisadle al menos.

El hombre dudó unos momentos, y luego miró a su compañero, como pidiéndole consejo. Este se encogió de hombros.

-Está bien. Aguardad aquí.

Desapareció en el interior del edificio, y poco después regresaba de nuevo.

-Pasad. El presidente os aguarda dentro.

Carl se metió en el edificio y, precedido por el guardia, se encaminó a buen paso hacia el salón de reuniones. Penetró allí decididamente, y se encontró frente por frente con dos hombres: Sirokhort, y el gobernador de Calíope capital.

-Bienvenido, Shano -saludó el presidente, con el envarado tratamiento oficial-. ¿Qué deseáis?

Carl hizo una inclinación de cabeza, correspondiendo al saludo de los dos hombres, y pasó rápidamente a lo que le interesaba:

-Señor, he sabido que se habían producido algunos levantamientos en los departamentos dos y doce del planeta, y he creído oportuno...

-¡Oh, no hay que preocuparse demasiado por esto! -intervino rápidamente el gobernador de la capital, cortándole las palabras-. Es sólo el levantamiento de algunos descontentos. Nada de importancia. Será dominado en cuestión de pocas horas.

-Lo sé, señor -Carl se volvió de nuevo hacia Sirokhort-. Sin embargo hay ciertos detalles que vos ignoráis todavía, y que creo confieren al asunto un sesgo diferente del que habíamos creído tomaría hasta ahora.

Los dos hombres que Carl tenía frente a sí se miraron, como mutuamente sorprendidos.

-¿Ciertos detalles? -inquirió Sirokhort.

-Sí, señor. Creo que vuestra presencia en palacio es necesaria.

Sirokhort quedó unos momentos pensativo. Luego, decidiéndose, se volvió hacia el otro hombre.

-Bien, creo que debo volver allá. Encuentro que vuestras medidas son las más acertadas en esta situación. Seguid con ellas; estoy seguro de que darán resultado. Y por favor, informadme periódicamente de los resultados.

-Así lo haré, señor.

Un nuevo cruce de inclinaciones, y Carl y Sirokhort abandonaron la

habitación, y después el edificio. Ya en el coche, el presidente interrogó:

-¿A qué se debe tanta prisa, Shano?

Carl tomó el volante, poniendo el vehículo en marcha.

-Han intervenido nuevos factores que obligan a dar un giro a la situación que no sospechábamos siquiera hasta ahora. En el palacio os lo explicaré, señor.

-Bien. Esperemos que sean al menos noticias satisfactorias.

Carl aumentó la marcha del coche. Si esperaba esto, se dijo, el presidente Sirokhort se llevaría una sorpresa. Y una sorpresa bastante grande.

* * *

-¡Pero esto es imposible! ¡No se puede concebir!

-Tal vez, pero es cierto. Los agentes de Seguridad Estelar destacados en Astra lo han confirmado.

Sirokhort se dejó caer en un asiento, lanzando un hondo suspiro. Las tres noticias juntas le habían aplanado. La nueva arma., la existencia de agentes enemigos infiltrados entre el pueblo de Calíope, la verdadera identidad de Arderhn...

-¿Qué piensa hacer, Donovan?

-Shano -rectificó Carl. Y tras pensar brevemente-: No lo sé. Hasta ahora, mi única misión era intentar descubrir a los traidores que se escudaban en palacio, en el Consejo del Pueblo. Ahora me encuentro, en cambio, con tres problemas juntos, a cual más importante. Es una situación delicada.

-Sí. Y en cuanto a los levantamientos...

Carl se encogió de hombros.

-Pueden ser los preliminares de la pretendida invasión. Astra intenta debilitar un poco a Calíope con unas cuantas luchas internas. Temo que no sea ésta la última insurrección de algún departamento. Incluso no me sorprendería demasiado la insurrección de la propia capital.

Sirokhort quedó unos instantes pensativo. Luego, como si hablara consigo mismo, murmuró:

-Lo que no comprendo es lo de Arderhn. Hace doce años que ocupa el puesto de consejero, y siempre ha trabajado fielmente. Y ahora, por sólo un rumor...

Carl miró a Lana, que permanecía silenciosa, sentada a un lado.

-Un rumor que puede confirmarse fácilmente -dijo-. Sobre este punto

no hay ninguna dificultad.

El presidente levantó la cabeza.

-¿Por qué?

-Por una razón muy sencilla. Lo que me ha contado su hija da pie a formar la hipótesis de que Arderhn es en realidad un hombre de Astra. Si lo es, lo podremos demostrar fácilmente. Si no lo es, también lo podremos demostrar, y la acusación que pesa sobre él quedará anulada automáticamente.

-¿Y cómo piensa hacerlo?

Carl se inclinó hacia el presidente.

-De un modo extremadamente fácil. Los de Astra tienen la particularidad de poseer ojos nictálopes, ¿no? Pues bien, aquí está nuestro principal punto de apoyo. Gracias a esta cualidad lo podremos descubrir. Mi idea es la siguiente...

* * *

Carl y el presidente Sirokhort estaban inclinados, mirando por el pequeño ventanal de vidrio de media visión (transparente por una cara y opaco por la otra). Al otro lado del cristal, una habitación, completamente a oscuras, ofrecía el aspecto de su impenetrabilidad a los ojos humanos.

De pronto, abajo, se oyó un chasquido. Los dos hombres tomaron sendas gafas de cristales oscuros, y se las pusieron sobre los ojos. A través de ellas, repentinamente, la habitación se iluminó, dejando ver todos sus detalles.

En sí, la habitación solamente tenía una mesa, una silla, y en el fondo una puerta. Todo lo demás se reducía a cuatro paredes desnudas.

Sin embargo, aunque la vieran los dos hombres con la suficiente claridad, la habitación se encontraba a oscuras, iluminada tan sólo por un proyector de luz negra, invisible para cualesquiera ojos humanos que no fueran provistos de gafas especiales. Y el hombre que entraba en aquellos momentos por la puerta del fondo no llevaba ninguna clase de gafas sobre sus ojos.

Iba conducido por otros dos hombres, dos guardias de palacio provistos de lentes especiales, que lo acompañaron y le hicieron sentar en la única silla de la habitación, tras la mesa, de cara a la puerta. Luego se retiraron, dejando al hombre solo y totalmente en tinieblas.

Carl tomó de su lado un micrófono, y se lo pasó al presidente.

-Puede empezar -indicó.

Sirokhort tomó el micrófono, y movió una clavija que lo ponía en funcionamiento.

-¡Atención, Arderhn! -exclamó-. ¿Me oís?

El hombre que estaba sentado en la silla volvió la cabeza hacia el lugar de donde venía la voz, como si sus ojos quisieran taladrar la negrura que le rodeaba. Carl se fijó en un detalle; contra lo que dijera Lana, aquellos ojos no tenían el menor asomo de fosforescencia.

-¡Escuchad, Arderhn! -siguió Sirokhort-. ¡Hemos estado investigando sobre todos los componentes del Consejo del Pueblo! ¡Hemos buscado entre ellos un traidor! ¡Y lo hemos encontrado, Arderhn! ¡Hemos encontrado al hombre que hasta ahora ha estado traicionando a Calíope! ¡Y este hombre sois vos!

En la habitación, Arderhn se puso en pie. Sus ojos parecieron mirar en todas direcciones.

-¿Quién es el que está hablando? -inquirió-. ¿Quién me acusa?

Carl, rápidamente, arrebató el micrófono de manos de Sirokhort.

-Todo el mundo os acusa, Arderhn. Y nosotros, el jurado que ha de decidir vuestra suerte, hemos deliberado ya. Sois traidor, Arderhn. Traidor a vuestra patria, a vuestro honor y a vuestra palabra. Y como traidor, merecéis morir. Hemos acordado para vos la pena de muerte.

Los ojos de Arderhn seguían taladrando la oscuridad.

-¡Quiero ver a los que me acusan! -gritó-. ¡No acepto esto!

-Lo siento, Arderhn, pero vuestra sentencia ha sido ya dictada. No tenéis nada que alegar. En esta misma habitación seréis ajusticiado.

Y levantando la voz, gritó:

-¡Que se cumpla la justicia!

Instantáneamente, la puerta situada en el fondo de la estancia se abrió, sin que por ella se filtrara ninguna luz, aparecieron dos hombres armados, provistos de gafas de luz negra. Los dos hombres levantaron al unísono sus fusiles, y apuntaron con ellos a Arderhn, dispuestos a disparar.

Arderhn, al oír abrirse la puerta, se volvió en redondo hacia ella. Y al ver que los hombres le apuntaban con sus armas, Su primera reacción fue apartarse de la línea de tiro.

Y la reacción de Carl fue también instantánea. Ordenó, a través del micrófono:

-¡A él! ¡Inmovilícenlo!

Automáticamente, los dos soldados dejaron a un lado sus armas y secundados por otros varios que aparecieron también por la misma puerta, se lanzaron contra el hombre. Este intentó defenderse, luchar, pero no pudo hacer nada. A los pocos segundos yacía en el suelo, completamente inmovilizado, vencido.

Carl cerró el contacto del micrófono, y lo volvió a depositar a un lado.

-Lana tenía razón -murmuró-. Arderhn es un hombre de Astra. Aunque sus ojos no luzcan ahora fosforescentes.

Dio media vuelta, seguido de Sirokhort, y se encaminaron ambos hacia las dependencias centrales de palacio.

CAPÍTULO VI
INCÓGNITA

No lo comprendo -musitaba Sirokhort-. Arderhn siempre había sido uno de mis mejores consejeros. Nunca hubiera sospechado de él una cosa así. Un traidor...

-Ha de tener en cuenta que el hombre al que hemos cogido no es Arderhn -aclaró Carl-. Sólo es un suplantador.

El presidente volvió hacia él la cabeza.

-¿Sí?

-Sí, en efecto. No sabemos cuando, Arderhn fue suplantado por este hombre, un hombre de Astra, Lo que no comprendo es cómo lograron cambiar sus rasgos fisonómicos para lograr imitar los de la persona suplantada tan a la perfección.

Sirokhort dudó unos momentos.

-Ustedes, los terrestres -dijo al fin-, trajeron hace tiempo a Calíope una nueva ciencia, la cirugía estética la llaman. ¿No sería ésta una buena solución?

-Mmmm... No sé, creo que no. La cirugía estética ha logrado últimamente verdaderas maravillas, pero nunca ha podido hacer milagros. Y este cambio fundamental de rostro es casi un milagro.

-Sí, lo comprendo... ¿Cuál es el plan que tiene ahora para seguir?

-Interrogar al falso Arderhn, naturalmente. Tal vez pueda decimos algo interesante.

Sirokhort movió la cabeza.

-Lo dudo. Los hombres de Astra saben mantener su entereza a pesar de todo. Si no quiere hablar, no hablará.

Carl se encogió de hombros.

-Esperemos que cambie de opinión -murmuró-. De todos modos, nosotros, los terrestres, tenemos suficientes formas para hacer que una persona hable, aunque sea en contra de su voluntad.

* * *

El prisionero se encontraba en una pequeña habitación del mismo palacio habilitada momentáneamente como celda, sin más abertura practicable que la de la puerta de entrada. Su mobiliario consistía únicamente en una mesa, una silla, y un pequeño camastro para dormir.

Cuando Carl entró, el falso Arderhn se encontraba sentado en el camastro, con las manos atadas por delante mediante el empleo de un aparato muy parecido a las esposas terrestres, consistente en dos abrazaderas metálicas unidas entre sí por dos cadenas entrelazadas magnéticamente, cuya longitud se podía graduar a voluntad.

Carl se acercó a él, sin que el prisionero diera ninguna muestra de excitación, miedo o nerviosismo.

-¿Cómo te llamas? -inquirió.

-Arderhn -respondió el hombre, con una sonrisa burlona en el rostro.

-Bien, Arderhn. Vamos a creer que esto es cierto. ¿Cómo es que has adquirido ojos nictálopes?

El hombre rió quedamente.

-Preguntas demasiado, terrestre.

Carl palideció levemente. ¡Terrestre! ¿Acaso los hombres de Astra sabían ya que él no era el pretendido Shano, consejero de la presidencia?

Se adelantó hasta llegar junto al otro, y lo obligó a levantarse agarrándolo por los hombros y tirando de él hacia arriba.

-¿Por qué me has llamado terrestre? -inquirió.

-¡Cálmate, amigo! -la sonrisa del otro era burlona, intensamente burlona-. ¿Acaso no te gusta que te llamen así? Al fin y al cabo, lo eres.

Y como tal te habrás oído llamar así muchas veces.

Carl crispó los puños.

-¡Repito que cómo sabes que soy terrestre! -gritó.

-¡Oh, eso! A nosotros no se nos escapa nada. Somos demasiado inteligentes.

Carl no se pudo contener más, y sentó de nuevo al hombre de un directo a la mandíbula. Se inclinó sobre él.

-Está bien, inteligente. Si lo eres tanto como dices, seguramente comprenderás que lo mejor que puedes hacer es hablar de buenas a primeras Quiero que me digas todo lo que sabes.

El hombre seguía riéndose insolentemente.

-Precisamente porque soy tan inteligente no lo comprendo, amigo. De modo que prefiero estar callado. Si no te importa, claro.

Carl tuvo que hacer un enorme esfuerzo para contenerse y no machacarle al otro la cara a puñetazos. Encajó los dientes.

-Está bien -murmuró-. Como eres tan inteligente, sabrás que en la Tierra tenemos procedimientos para hacer decir la verdad a los más recalcitrantes. Y tú mismo los habrás escogido.

Dio media vuelta, y se dirigió hacia la salida seguido por la irónica y altamente burlona mirada del otro.

Afuera esperaba un soldado montando guardia. Era uno de los pocos en los que se podía confiar en palacio. Carl le hizo una seña.

-Vigila constantemente; no me fío ni un ápice de él. Y estate atento.

Salió de allí, y se dirigió hacia otra estancia donde esperaban varios hombres, armados con diversos aparatos. Les hizo una seña.

-Pueden empezar -les dijo-. Y cuando lo tengan todo dispuesto, avísenme.

Dio media vuelta, y salió de la habitación.

* * *

Antiguamente, en la Tierra, para saber si un hombre decía la verdad, se empleaba un aparato denominado detector de mentiras. En la actualidad, este aparato había sido relegado al olvido, constituyendo solamente pieza de museo y objeto de curiosidad por la gente que todavía se acordaba de él.

Ahora se podía decir en la Tierra con seguridad que, si se deseaba que un hombre dijera la verdad sobre algo que interesaba, se conseguía. A este sentido, se disponían de infinidad de aparatos y drogas que, actuando en el subconsciente del paciente, hacían que éste, aun contra su voluntad, respondiera con la verdad a lo que se le preguntara. Claro que era en cierto modo peligroso el empleo de estas drogas y aparatos debido a que actuaban a veces violentamente sobre el individuo, provocando en él reacciones de idiotez, locura o esquizofrenia posteriores al experimento, pero en casos importantes, en los que era preciso saber la verdad a toda costa, se empleaban.

Y Carl consideraba que en este caso estaba ampliamente justificado su empleo.

A tal fin, se había puesto en comunicación con los agentes de Seguridad Estelar de la Tierra en Calíope, y de éstos habían sido destacados dos doctores especialistas y varios ayudantes, con los aparatos, drogas y accesorios necesarios. El caso requería medidas drásticas.

Mientras esperaba a que todo estuviera dispuesto (el proceso requería una larga preparación), Carl se dirigió a sus habitaciones, dispuesto a revisar

los últimos datos obtenidos. Pero no había permanecido allí ni unos minutos, cuando la célula-robot de la misma le avisó de que alguien se acercaba.

Era el mismo guardia que dejara a la puerta de la celda del prisionero. Entró precipitadamente, agitado por la carrera, y apenas había entrado anunció, con voz entrecortada:

-¡El prisionero, señor! ¡Está... está muerto!

Carl dio un salto. Por unos momentos estuvo tentado de salir de allí antes de continuar hablando, en previsión de cualquier micrófono oculto. Pero se dijo que era ya innecesario. A lo que parecía, los otros conocían ya su verdadera identidad.

-¿Cómo ha sido? -inquirió rápidamente.

El soldado expelió aire, y luego explicó:

-No lo sé, señor. Cuando he entrado para dar paso a los doctores, estaba ya muerto. Yacía sobre su camastro, señor. No comprendo cómo ha podido haber sido...

Carl ya no escuchó más. Salió de allí, dirigiéndose rápidamente hacia donde estaba enclavada la improvisada celda.

Cuando penetró en ella, varios hombres, los mismos con quienes hablara hacía tan sólo unos minutos, se encontraban inclinados sobre aquel camastro. Y en el camastro, tendido, se encontraba el hombre de Astra.

Estaba muerto, no cabía duda. Sus ojos estaban abiertos, fijos en un punto indeterminado del espacio. Y sus labios todavía ostentaban la misma burlona sonrisa con que se despidiera de él pocos momentos antes.

-¿Cómo ha sido? -inquirió.

-Uno de los hombres que lo rodeaban se levantó, mostrando algo en la palma de su mano. Era un molar humano, mejor dicho, la imitación de un molar humano, hueco.

-Lo tenía en la boca, sustituyéndole uno de los dientes. En su interior tenía una cápsula de cristal llena de un veneno de Astra, el «wridgin», como lo llaman ellos, de efectos instantáneos. Lo único que tuvo que hacer fue sacarse la falsa muela mediante una fuerte presión con la lengua, reventar la cápsula con los dientes, dejando que el líquido entrara en su garganta, y esperar. No tuvo que aguardar mucho. A los pocos segundos el veneno había hecho su efecto, y era ya cadáver.

Carl volvió a mirar el cuerpo. La sonrisa burlona del hombre parecía

querer decirle: «¿Ves cómo tenía yo razón al decir que no pensaba hablar?»

Se mordió los labios. Bien, con aquello se les iba la única pista que tenían por ahora. ¿Qué les quedaba por hacer?

Se volvió hacia el hombre que había hablado.

-Está bien, doctor. Limítese a hacer lo que le he indicado sobre sus ojos y rostro. Y comuníqueme el resultado.

Y dio media vuelta, encaminándose de nuevo hacia la salida.

Greog Hasler, el hombre que llevara la dirección del grupo que había acudido a palacio con los instrumentos, fue quien entregó a Carl el informe.

-Esto es todo lo que hemos podido averiguar sobre él.

Carl contempló la hoja de papel que tenía ante sí. En ella se establecía, sin ningún género de duda, la verdadera identidad de hombre de Astra del que hasta entonces se había hecho pasar por el consejero Arderhn. Su constitución interna lo demostraba claramente. Sin embargo, en cuanto a su apariencia exterior...

-No es ningún maquillaje, ni máscara, ni nada que se le parezca. Aquél es su rostro, tal cual, con cada uno de sus detalles. No hay vuelta de hoja.

-¿Hay alguna probabilidad de haber empleado cirugía estética?

Hasler negó con la cabeza.

-Ninguna. Aunque fueran microscópicas, apreciaríamos las cicatrices. Y no hay ninguna.

Carl echó un breve vistazo al informe, pensativo.

-¿Entonces?

-No lo puedo explicar. Si su constitución interna no nos hubiera demostrado que era un hombre de Astra, hubiera dicho que era un calíope más. Exteriormente no hay ninguna diferencia.

-¿Y sus ojos?

-Nictálopes, naturalmente.

-Pero no brillaban -Carl recordaba que los dos hombres que le atacaran en su habitación también habían demostrado ser nictálopes, a pesar de lo cual no había percibido ninguna fosforescencia en su mirada.

-No, no brillaban.

-¿Por qué?

-Contenían una sustancia especial, una sustancia que nosotros no

conocemos, y que tiene la particularidad de anular la fosforescencia de sus ojos, sin disminuir en lo más mínimo su calidad de nictálopes. Esta sustancia, en forma de líquido, la tenía aplicada sobre los ojos y, según nuestros análisis, su efecto se extendía unas treinta horas aproximadamente.

Carl asintió. Entonces, cuando Lana vio brillar los ojos del falso Arderhn, era que los efectos de la sustancia que éste tenía habían pasado. Ahora se lo explicaba todo.

-Muy bien, Hasler. Ha hecho un buen trabajo; muchas gracias. Si le necesitamos, ya le volveremos a llamar.

Hasler se retiró, con sus demás colaboradores, saliendo de palacio. Y Carl quedó en él, pensativo, con la cabeza hecha un caos de pensamientos.

Se encontraban ahora, se dijo, con una pista segura sobre los traidores. No eran hombres de Calíope, sino de Astra. Y por lo tanto, eran fácilmente distinguibles de los primeros sometiéndolos a alguna prueba que pusiera al descubierto su identidad.

Pero esto era algo que tenía que hacerse lo antes posible.

Se dirigió hacia el despacho del presidente, donde éste debía de estar trabajando en aquellos momentos. Ya no importaban los disimulos ahora, se dijo. Después de lo ocurrido aquella noche, todos los traidores debían de saber ya que él no era el pretendido consejero Shano. Si no lo sabían ya de antes.

Pero ahora esto le tenía sin cuidado. Lo único que importaba era actuar lo más rápidamente posible.

Penetró en el despacho, seguro de que las células-robot del mismo habían avisado al presidente de su llegada. Cerró la puerta a sus espaldas, avanzó hacia la mesa de Sirokhort...

Y se detuvo a pocos pasos de ella, contemplando con ojos incrédulos lo que veía frente a sí.

¡Porque el presidente Sirokhort yacía en el suelo, inmóvil, en una postura a la vez rara y trágica, y con los ojos desmesuradamente abiertos, como si por ellos hubiera desfilado algo completamente absurdo, imposible, y que le había llenado de terror!

Se inclinó rápidamente sobre él. Le puso una mano sobre el pecho; el corazón no le latía. Volvió a levantarse, y contempló a su alrededor. No cabía ninguna duda de que el presidente había sido asesinado. Las armas que se empleaban en Calíope no dejaban herida, no hacían brotar sangre. Pero

mataban igualmente. Y Sirokhort había sido muerto por una de ellas.

Se dirigió rápidamente hacia el exterior, dispuesto a dar cuenta de lo ocurrido y hacer que se abriera una investigación. Abrió la puerta... y se dio de manos a boca con Lana, que en aquellos momentos se disponía a entrar en el despacho.

Carl la sujetó por un brazo.

-¿Adonde va?

-A ver a mi padre -respondió ella-. Necesito hablar un poco con él.

-¿Sobre qué?

-Sobre asuntos personales. ¿Por qué?

Carl se mordió los labios. ¿Cómo iba a decirle que su padre estaba allí dentro, muerto? ¿Cómo decirle que lo único que encontraría en aquel despacho sería un cadáver?

-El presidente me ha dicho que no quería que le molestara nadie -mintió-. Tiene mucho trabajo. Será mejor que no entre.

-Es extraño -murmuró la muchacha-. Si no recuerdo mal, él mismo me ha llamado hace tan sólo unos momentos, preguntándome si podía ir a su despacho, pues quería decirme algo. ¿No lo encuentra un poco raro?

Y sus ojos reflejaban duda hacia la persona de Carl. Este murmuró algo para sí mismo.

-Está bien -exclamó-. Venga conmigo. Se lo contaré en otra parte.

Y en aquel mismo momento, la puerta del despacho de Sirokhort se abrió. Y una voz sonó a espaldas de Carl:

-¿Qué sucede, Shano?

Carl se volvió. Y sus ojos se abrieron desmesuradamente al contemplar a la persona que tenía ante sí.

¡Porque allí delante estaba el propio presidente en persona, contemplándoles con el mismo aire de serena gravedad que había tenido siempre!

CAPÍTULO VII
SUPLANTACIÓN

Durante unos minutos, Carl quedó inmóvil, alelado, sin saber qué hacer ni qué decir. Él mismo acababa de ver a Sirokhort tendido en el suelo de su despacho, con los ojos desorbitados, muerto. Y en cambio, ahora...

-No, nada, señor -pudo murmurar al fin-. Sólo que le pedía a Lana un momento para hablar con ella a solas.

-Bien, de acuerdo. Pero antes quisiera hablar yo un momento a solas con vos, Shano. Si no tenéis inconveniente, claro.

-No, en absoluto.

-Bien. En este caso te agradeceré, hija, que me aguardes unos instantes. En seguida termino.

Hizo una seña a Carl, y ambos penetraron en la habitación, mientras Lana se quedaba aguardando afuera.

Lo primero que hizo Carl al entrar en el despacho fue dirigir su vista hacia donde había visto el cadáver de Sirokhort. El lugar estaba vacío.

Y en cambio, el presidente se encontraba allí, frente a él, completamente vivo.

-¿Qué deseáis, señor? -inquirió.

Sirokhort le indicó una silla, y fue a sentarse tras su mesa. Dudó unos segundos antes de hablar:

-Es sobre Arderhn. ¿Qué habéis descubierto?

Carl quedó pensativo unos momentos. Sus ojos se encontraron con los del presidente, y en ellos creyó leer algo así como ansiedad por conocer la respuesta. Se encogió de hombros.

-Nada, señor. Murió antes de poder decir nada. Se suicidó envenenándose.

Sirokhort tardó unos segundos en formular la siguiente pregunta:

-Entonces... ¿no ha revelado nada?

Los ojos de Carl volvieron a encontrarse con los ojos del presidente. En ellos leyó a la vez ansiedad y alivio.

Y de pronto, una idea cruzó por su cabeza.

Fue una idea repentina, impensada. Pero una idea que lo solucionaba todo.

-Sí -respondió-. Mencionó algo, aunque creo que solamente se trató

de una bravata suya. Recuerdo que dijo: «Antes de un mes, la descohesión habrá terminado con todos vosotros». ¿Os imagináis? La descohesión.

Sirokhort rió brevemente.

-Sí, creo que tenéis razón. Seguramente fue una bravuconería por su parte.

Carl también sonrió. Se levantó, murmurando:

-Perdón, señor, pero debo retirarme. Tengo mucho trabajo todavía por delante, y quiero darle término lo antes posible. ¿Deseáis algo más de mí?

El presidente dijo que no con la cabeza,

-Bien, señor. En este caso, este mediodía os daré un informe detallado de todo lo que he averiguado durante esta noche. ¿De acuerdo?

Sirokhort dijo que sí. Carl se despidió con una inclinación de cabeza, y se dirigió hacia la puerta.

-¡Ah, un momento!

Carl se volvió hacia el presidente.

-¿Deseáis algo?

-Sí; haced pasar a mi hija, por favor. Quiero hablar unos instantes con ella.

Carl asintió con la cabeza.

-Muy bien, señor.

Salió de la habitación. Fuera esperaba Lana que, al verle, avanzó hacia él.

-¿Puedo pasar?

Carl negó con la cabeza, reteniéndola por un brazo.

-No, Lana, no puede usted pasar. Venga conmigo.

-Pero...

Carl tiró de ella antes de que pudiera continuar, obligándola a andar pasillo adelante.

-Lo siento, Lana, pero es preciso que venga conmigo sin solicitar ninguna clase de explicaciones. Luego se lo aclararé todo.

La muchacha miró hacia atrás, hacia el despacho de su padre.

-Pero Shano, yo...

-Sí, ya lo sé. Pero antes de hacer nada usted y yo tenemos que dar un paseo en coche. Luego podrá hacer lo que usted quiera.

Y, ante la estupefacción y la incomprensión de la muchacha, Carl, sin

soltarla ni un solo momento, siguió avanzando a paso de carga por el pasillo, en dirección a la salida del palacio.

* * *

Carl detuvo el coche a un lado de la autopista, lejos del palacio. A su lado, la muchacha no dejaba de mirarle, intrigada.

-¿Qué sucede, Shano? -inquirió.

Carl se reclinó en el asiento del coche, indeciso. Debía darle una explicación a la muchacha, pero no sabía cómo enfocar la cuestión. Al fin aventuró:

-Se trata de su padre, Lana.

-Sí, ya me lo he supuesto. ¿Que ha sucedido?

-¿Sucedido? ¿Dónde?

En su despacho. No he acabado de entender lo que ha sucedido...

Carl suspiró. Sí, era difícil. Difícil de entender, y sobre todo difícil de explicar.

-Lana -murmuró-, lo que he de decirle es algo muy doloroso para usted, lo sé. Pero no me queda más remedio que hacerlo. Su padre ha muerto, Lana.

La muchacha se irguió, con un gesto de estupor en el semblante. Carl sin dejarla decir nada, prosiguió:

-Cuando salía de su despacho, después de haber hallado su cadáver, fue cuando la encontré a usted la primera vez. Por eso le dije que no podía entrar, intenté apartarla de allí sin permitirle entrar en el despacho.

-¡Pero esto es imposible! ¡Si luego apareció mi padre por allí! ¡Y estaba vivo!

Carl bajó la cabeza.

-Esta es la equivocación, Lana. «Porque aquel hombre no es su padre».

Los ojos de Lana reflejaron claramente la sorpresa que le produjeron aquellas palabras. Sólo pudo balbucir:

-¿Qué... que no era... mi padre?

-No, Lana. ¿Recuerda usted lo que me dijo sobre el consejero Arderhn? Era en todo idéntico a él, pero no obstante era otra persona, alguien que le había suplantado, ocupando su lugar. Igual ha sucedido con su padre. Lo han intentado suplantar, mejor dicho lo han suplantado. Sólo que yo me he

dado cuenta de la verdad.

-Pero... ¿cómo lo sabe?

-Por una razón muy sencilla. Su padre sabía cuál era la naturaleza de la nueva arma de Astra, por habérselo dicho yo mismo anteriormente. Cuando me vino la idea a la cabeza, le tendí una llamémosle trampa al falso Sirokhort, diciéndole que el prisionero había hablado algo sobre la descohesión, pero que yo lo consideraba como una bravata suya. Su padre no habría opinado así, ya que sabía lo que representaba. En cambio, éste dijo: «Sí, creo que tenéis razón. Seguramente fue una bravuconería por su parte».

-Entonces... ¿quiere decir que aquel hombre no es mi padre? ¿Que mi padre ha muerto?

-Exacto. Por eso no he permitido que usted entrara en el despacho, alejándola lo más rápidamente posible de allí.

-¿Por qué?

-Pues... llamémosle una sospecha si usted quiere, pero el interés que tenía el falso presidente para hablar con usted me ha resultado sospechoso. ¿Quién me dice que no intentaban hacer con usted lo mismo que con su padre?

La muchacha bajó la cabeza. Sí, lo comprendía.

Carl le puso una mano sobre el hombro.

-Óigame, Lana. Usted fue quien nos dio, a su padre y a mí, la primera pista para descubrir al falso Arderhn. Los demás habrán sospechado, al ver que éste era detenido, que teníamos una pista segura. No sabían si conocíamos la identidad de los demás, pero podían sospecharlo. Por eso han decidido quitar de en medio a su padre y a usted, a fin de inmovilizar todo lo que pudiera hacerse contra ellos. Ahora se encuentran a salvo.

-Pero, ¿por qué no hicieron entonces lo mismo con usted? Es el más peligroso.

-No, Lana. Yo, solo, soy inofensivo. Necesito que me respalde el poder oficial del presidente para actuar. Y si el presidente está en contra mía, yo me veré imposibilitado de hacer nada. Estaré como atado de manos y pies.

-¿Entonces?

-Éste era el plan de ellos. No les interesaba que yo desapareciera. Yo debía seguir en mi puesto, pues sino la Tierra podía sospechar algo. Yo tenía que seguir aquí, pero si me cortaban todos los caminos de avance, sería igual

que si no estuviera. Esto es lo que ellos intentaban hacer.

La muchacha dudó unos momentos.

-¿Por qué habla en pasado? -preguntó de pronto.

-Porque ahora los planes que habían forjado se han ido todos abajo. Ellos confiaban en que yo siguiera creyendo que Sirokhort era el verdadero presidente, no una suplantación. Y esto les ha fallado.

-¿Cómo?

Carl se encogió de hombros.

-Indudablemente pensaban hacer el cambio subrepticiamente, allí, en el propio despacho del presidente. Simplemente, eliminarlo a él, ocupar el otro su lugar, y todo listo. Pero se encontraron con que a medio realizar la operación las células-robot les avisaron de que yo me acercaba, y solamente tuvieron tiempo de ocultarse, dejando el cadáver de su padre en medio de la habitación. Yo lo descubrí, y salí afuera para dar aviso, encontrándome a usted. Los otros aprovecharon aquellos momentos para hacer la suplantación, saliendo el falso presidente a la puerta con el fin de evitar que yo trascendiera la noticia. Confieso que su aparición me dejó sorprendido, pero no tardé en atar cabos, y le tendí aquella trampa. Y ahora sé con certeza que el actual presidente Sirokhort no es más que una suplantación.

-Pero ellos también saben que usted lo sabe.

Carl negó con la cabeza.

-No. El verdadero motivo del falso presidente al llamarme a su despacho no era más que el de averiguar qué era lo que yo sabía o sospechaba. Esperaba que yo mismo me traicionara mostrando mi sorpresa, hablando del cadáver que había visto poco antes... pero se equivocó. Aparenté normalidad y ahora ellos no saben qué es lo que sé o sospecho. Con todo -terminó-, no puedo volver a ocupar mi puesto de consejero Shano. Es demasiado expuesto.

-¿Entonces? ¿Qué piensa hacer?

Carl hizo un gesto vago.

-No lo sé todavía. Aunque pienso seguir adelante en mi misión. Las sublevaciones de los dos departamentos parecen querer indicar que el enemigo se está ya preparando. Y he de actuar rápido -se volvió hacia la muchacha, mirándola fijamente-. Lana -murmuró-, sé que éste no es el momento más apropiado para pedírselo, pero necesito su ayuda. Sin ella no puedo hacer nada. Tengo el proyecto de un plan en la cabeza, pero sin usted

es nulo. ¿Estaría dispuesta a ayudarme?

La muchacha dudó unos momentos. Luego, en voz baja, que fue casi un susurro, murmuró:

-Sí.

Carl le apretó fuertemente la mano, sonriendo.

-Es usted una mujer admirable -dijo-. ¡Y pensar que al principio sospechaba de usted!

Volviose de nuevo hacia el volante de dirección, poniendo en marcha el coche, Lana preguntó:

-¿A dónde vamos?

-A Calíope Capital -fue la respuesta-. Desde allí podremos preparar nuestra ofensiva.

Y lanzó el coche hacia adelante, en dirección a la capital del planeta.

* * *

La Patrulla de Seguridad Estelar tenía ramificaciones de agentes en todos los planetas adheridos a la Unión de Universos, la Confederación que velaba por la paz interestelar. En cada uno de ellos se encontraba una oficina de la organización que actuaba públicamente, con reconocimiento del gobierno, constituyendo la representación legal de ella en el planeta.

Pero esta oficina, comúnmente llamada delegación destacada, no era efectiva. Por su misma calidad de pública y oficial, era vigilada y supervisada por el gobierno del planeta, por lo que no se podía realizar desde ella ninguna investigación sobre éste sin que fuera inmediatamente conocida y contrarrestada, Por esto, cada una de estas delegaciones destacadas no era más que la pantalla de la verdadera delegación, instalada de modo clandestino, que era la que realmente trabajaba sobre efectivo.

Hacia este cuartel general se dirigió Carl, en la capital de Calíope. Era una pequeña villa de apariencia vulgar, pero dotada de una entrada y salida subterránea que comunicaba con una al parecer inofensiva casa de pensión. Por allí penetraron Carl y Lana, dejando el coche oficial a una buena distancia a fin de no dejar pistas, y empleando el pasillo subterráneo para llegar hasta la sede del cuartel general.

Robert Holliman, el jefe del grupo de agentes que operaban en Calíope, les recibió inmediatamente. Era un hombre alto, delgado, de aspecto ascético y ojos vivos, inquietos. Estrechó calurosamente sus manos,

sorprendiéndose al saber que Lana era la hija del presidente Sirokhort. Luego inquirió por el motivo de su visita.

Carl le hizo un relato sucinto de los hechos, explicándole el porqué de su huida y los motivos de haber ido allí. Holliman asintió con la cabeza.

-Verdaderamente, es una situación difícil -dijo-. Extremadamente difícil.

Carl asintió con la cabeza.

-Lo es. Y lo peor es que ahora ni Lana ni yo podemos volver a palacio; implicaría demasiado riesgo. Debemos actuar desde el exterior.

-¿Cómo?

Carl dudó unos momentos.

-He ideado un plan -explicó luego-, pero antes necesito enterarme de cual es la situación actual sobre los disturbios ocurridos en los departamentos dos y doce. ¿Se conoce algo?

Holliman dijo que sí con la cabeza, poniéndole en antecedentes de las últimas noticias. Al parecer, no se trataba exactamente de disturbios, sino más bien de unas manifestaciones de índole pacífica. Había empezado con el departamento segundo, luego con al duodécimo, y más tarde se les habían sumado el quince y el ocho. El jefe de seguridad había enviado algunas patrullas para reducir las manifestaciones, aunque no habían conseguido nada. ¿Qué podían hacer contra una manifestación hecha en tono pacífico?

-¿Y cuál es la posición de los gobernantes de los diversos departamentos? -inquirió Carl.

-Pasiva -fue la respuesta-. Afirman que no pueden hacer nada contra manifestaciones de esta clase, y en realidad tienen razón. Pero la cosa resulta un poco extraña.

-¿Por qué?

-Porque todos los manifestantes están de acuerdo en el motivo de su manifestación. Piden solamente un poco de comprensión para sus hermanos de Astra. «Ellos también son nuestros hermanos -afirman-, y tienen derecho a vivir como nosotros. Debemos darles la oportunidad de ponerse a nuestro nivel». Y éste es el único motivo de sus manifestaciones.

Un silencio siguió a aquellas palabras. Carl meditó unos momentos sobre lo que acababa de oír.

-Es raro -murmuró al fin-. Es algo completamente fuera de toda

lógica. ¿Cómo piensan los de Astra invadir Calíope, pidiendo un poco de comprensión para ellos?... ¿O acaso se tratará de una manifestación libre de algunos habitantes de aquí?

-Sí, una manifestación que alcanza a cuatro departamentos distintos, y todos al mismo tiempo -Holliman movió la cabeza-. No, esto es algo diferente. Y aunque no veamos claro en ello, podemos estar seguros de que se trata de una maniobra de Astra. Una maniobra inútil, estúpida según nuestro punto de vista, pero que indudablemente ha tenido su finalidad. Ahora bien, ¿cuál es esta finalidad?

Carl se encogió de hombros. No lo sabía, y no era cuestión de molestarse demasiado en buscarla ahora, cuando había cosas más importantes que hacer.

-Bien, dejemos esto -dijo-. Tenemos otro problema más urgente que resolver. Y este problema se encuentra en el palacio de gobierno de Calíope; allí hemos de centrar nuestras miras. Hemos de reducir a la impotencia a los traidores que allí anidan lo antes posible. Y más ahora, cuando sabemos que el propio Sirokhort es uno de ellos.

-De acuerdo. ¿Cuál es su plan?

Carl lo expuso rápidamente. Según había dicho el propio Sirokhort en más de una ocasión, había algunos elementos de palacio, entre la guardia y la servidumbre, en los que se podía confiar plenamente. Ellos les podrían ayudar.

La idea era la siguiente: como guardias y servidores de palacio, ellos podían circular libremente por todo el edificio sin despertar sospechas. Ellos podían andar cerca de los consejeros sin que nadie llegara nunca a sospechar nada. Y ellos podían, por lo tanto, preparar una trampa en la que cayeran éstos, de modo que no pudieran darse cuenta de nada hasta que ya fuera demasiado tarde para evitarlo.

-¿Qué trampa? -inquirió Holliman.

-Una muy sencilla y efectiva a la vez -replicó Carl-. Indudablemente los consejeros se reunirán dentro de poco en el salón de reuniones. Allí, ellos pueden instalar unos cuantos dispositivos automáticos mediante los cuales, en el momento que se desee, la sala se inunde de gases soporíferos. Así, cuando los consejeros quieran darse cuenta de lo que sucede, ya será demasiado tarde. Entonces nos será muy fácil a nosotros apoderamos de ellos, y averiguar quiénes son los traidores. Se les despoja de su cápsula de veneno de la boca, y

sin ella quedan reducidos a la impotencia. Luego será muy fácil hacerles hablar, y tomar medidas según lo que ellos digan.

Holliman asintió con la cabeza.

-Lo encuentro una buena idea -afirmó-. Pero ¿cómo sabemos cuáles son los hombres en los que podemos confiar y los que no?

Carl miró a Lana, y sonrió.

-Muy sencillamente. Lana, como hija de Sirokhort, conoce a algunos de ellos. Y ellos conocen a los demás. Así lograremos formar un grupo lo suficientemente completo como para llevar a cabo el trabajo con éxito. Y una vez logrado esto, lo demás vendrá por sí solo.

Holliman hizo un gesto afirmativo.

-Está bien -respondió-. Daré cuanto antes las órdenes oportunas para disponerlo todo. Espero que salga bien.

Carl dijo que también lo esperaba. Saldría bien. Tenía que salir bien.

CAPÍTULO VIII
OPERACIÓN «RAPTO»

Carl cuidó de todos los detalles, procurando que no quedara nada libre al azar. Gracias a Lana supo los nombres de algunos de los guardias y servidores del palacio en los que se podía confiar, y por mediación de éstos los de los demás, logrando formar así un grupo dispuesto a llevar a cabo el plan concebido. Agentes especiales de Seguridad Estelar destacados en Calíope, pertenecientes a la delegación clandestina (Carl procuró mantenerse oculto, al igual que Lana, hasta que la operación fuera llevada a cabo), mantuvieron el contacto con aquel reducido grupo, al que facilitaron el dispositivo automático de los gases soporíferos que debían instalar ocultamente en el salón de conferencias. El aparato fue montado, y luego sólo cupo esperar.

Carl aprovechó la pausa para redactar su segundo informe al cuartel general de la Tierra, explicando todo lo descubierto hasta entonces.

El informe fue largo y copioso en datos y observaciones. Carl lo envió por el conducto especial de Seguridad Estelar. Hecho esto, sólo le quedó esperar con los demás.

No tuvo que aguardar más de dos días. Por aquel entonces, otros departamentos habían seguido el ejemplo de los primeros, uniéndose a la «manifestación pacífica en pro de Astra», como la llamaban en el cuartel general clandestino de Calíope. Verdaderamente, eran incomprensibles aquellas manifestaciones pacíficas, teniendo en cuenta que Astra preparaba una invasión. Sin embargo, ni Carl, ni Holliman, ni los demás agentes se preocupaban demasiado por ello. Tenían otras cosas más urgentes e importantes en que pensar.

Entonces se reunió el Consejo del Pueblo, oficialmente para discutir el caso de las manifestaciones.

Carl y Holliman recibieron el aviso por un mensajero, uno de los guardias del palacio. Rápidamente se puso todo en marcha de acuerdo con el plan previsto, y varios coches conducidos por agentes se dirigieron hacia allí, deteniéndose en las cercanías, a la espera de la señal convenida que les indicara que todo estaba listo.

La operación se realizó, con pelos y señales, tal como había sido prevista. Sin un fallo. Los consejeros, sin sospechar nada, se reunieron

normalmente en el salón de conferencias. Y apenas acababan de empezar la reunión, cuando el gas soporífero, liberado de su recipiente por el dispositivo automático, entró en acción esparciéndose por toda la habitación y causando su efecto instantáneamente sobre todos los allí reunidos. Escasos segundos bastaron para que todos los consejeros, presidente incluido, yacieran en el suelo sin sentido, dominados por los efectos del gas antes de que hubieran podido darse cuenta con exactitud de lo que pasaba.

Entonces se procedió al «rapto» propiamente dicho de todos ellos. Uno de los guardias subió a las alturas de palacio, haciendo desde allí con una linterna la señal convenida en indicación de que todo había ido bien. Los coches que aguardaban, algo alejados, se pusieron en marcha al conjuro de aquella señal, dirigiéndose hacia la entrada posterior del palacio, y por allí fueron sacados subrepticiamente todos los consejeros, uno a uno, sin sentido. Fueron cargados en los coches, y éstos volvieron a la capital, a la villa que constituía el cuartel general de Seguridad Estelar en Calíope. Allí fueron sacados de los coches y trasladados al interior, a una habitación especial habilitada para recibirlos. Todo había salido a la perfección. En poco tiempo, todos los Consejeros del Pueblo habían sido raptados de sus puestos, sin que nadie hubiera podido impedirlo a tiempo. Calíope se quedaba sin presidente y sin Consejo del Pueblo. Y por lo tanto, sin traidores establecidos en los principales escaños gubernamentales del planeta. La operación «rapto», como había sido designada, había resultado un perfecto éxito.

* * *

La noche que siguió al desarrollo de la operación «rapto» transcurrió en intensa actividad para los agentes de Seguridad Estelar de Calíope. El examen que se hizo sobre todos los consejeros demostró claramente cuáles eran los traidores, o sea, los hombres de Astra que habían suplantado a los verdaderos consejeros. Y aquella fue la más grande sorpresa que Carl recibió desde que llegara a Calíope con la misión de desenmascarar a los espías que se ocultaban en el palacio de la presidencia del planeta.

¡Porque todos los consejeros, sin ninguna excepción, eran hombres de Astra! ¡Todos ellos eran traidores!

* * *

Carl se paseaba sin descanso por la reducida habitación de la villa, murmurando consigo mismo. Todo se lo hubiera esperado menos aquello. Los

consejeros eran todos, sin excepción, hombres de Astra. No existía ninguno que fuera realmente un calíope, la persona que representaba ser. Y sin embargo, todos ellos tenían un largo historial diplomático, que empezaba hacía ya mucho tiempo. No podía ser que un hombre de Astra hubiera suplantado a un calíope durante tantos años. Por lo tanto, tenía que haber sido después.

Recordaba lo sucedido con el presidente Sirokhort. Los hombres de Astra podían haber suplantado a los consejeros cuando hubieran querido. ¡Y lo peor era que nada había que indicara cómo había sido hecha la suplantación! ¡Nada que explicara cómo un hombre de Astra .había podido convertir su rostro en otro idéntico al de un calíope determinado, sin que se apreciara ningún detalle indicativo del proceso, ninguna cicatriz, nada anormal!

Y sin embargo, algo debía de existir. La transformación había sido hecha de algún modo.

Carl confiaba en saberlo dentro de poco. La cápsula de veneno que tenían los prisioneros en el diente artificial había sido retirada de todas las bocas, y no había peligro de que intentaran suicidarse. Además, antes de que recobraran el conocimiento, Greog Hasler se encargaba de someterlos a los aparatos «buceadores» de la verdad. Ahora, quisieran o no, los falsos consejeros tendrían que hablar. Y Carl esperaba sacar grandes cosas de ellos.

El tiempo fue transcurriendo lentamente, demasiado lentamente para Carl. Holliman trajo nuevas noticias: otros tres departamentos habían seguido la misma línea de conducta de los anteriores. Los «manifestantes pacíficos» de ellos pedían también la igualdad para sus hermanos de Astra.

-No lo comprendo -murmuraba Holliman-. ¿En qué puede convertirse esta igualdad? ¿En un intercambio de relaciones culturales? ¿En un intercambio científico y técnico como máximo? ¡Es absurdo! ¡Si los de Astra pretenden reducir su proyectada invasión a esto, están completamente locos!

Carl se abstuvo de opinar. No veía claro en ello, pero comprendía que algún motivo debían tener aquellas «manifestaciones pacíficas». No cabía duda de que todo aquel tinglado había sido montado por los hombres de Astra, pero no veía la finalidad. Astra no se molestaría tanto para obtener tan poco beneficio, de modo que debía de existir algo más. El qué no lo sabía, y por eso prefería guardarse sus opiniones hasta saber lo que habían dicho los

prisioneros. Y esto no tardaría mucho en llegar.

Efectivamente, no tardó mucho. Greog Hasler apareció poco después en la habitación, trayendo un grueso legajo de papeles.

-Son los resultados de los interrogatorios -dijo, entregándoselos a Carl-. Aunque solamente es necesario que lea uno de ellos para saber lo que dicen los demás. Todos son idénticos entre sí.

Carl tomó el primero. Era el del hombre de Astra que había suplantado 4a personalidad de Sirokhort. Fue leyendo. Allí se explicaba cómo se había realizado la suplantación, tal como había supuesto, asesinando a Sirokhort y ocultando su cadáver, ocupando el hombre de Astra su lugar. Vino después la explicación de todo lo que sabían sobre él. Sus declaraciones pasaron luego al modo de cómo habían adoptado la personalidad y el aspecto físico de las personas a las que tenían que suplantar. Y aquí Carl no pudo por menos que dejar escapar una exclamación de asombro.

¡Porque, según las declaraciones del hombre de Astra, la adopción del rostro de la persona que debían suplantar lo habían logrado nada menos que gracias a la descohesión!

Siguió leyendo el informe. Según las declaraciones, el hombre se había sometido a un experimento, algo similar a una operación terrestre de cirugía estética, para lograrlo. Los hombres de Astra disponían de un aparato, un pequeño proyector de rayos descohesionadores, el cual actuaba sobre cualquier objeto que se pusiera a su alcance liberando sus moléculas de su fuerza interna de unión, con lo que podíase cambiar su forma y tamaño a voluntad. Al enfocarlo sobre el rostro de una persona, las células de éste quedaban liberadas de la fuerza que las unía, pero sin perder ninguna de sus propiedades intrínsecas. De tal modo, que cualquier presión realizada sobre el rostro del sujeto expuesto a los rayos se convertía en una modificación instantánea de los rasgos faciales de éste.

Siendo así, se comprendía fácilmente que era muy sencillo modelar un nuevo rostro sobre el antiguo, utilizando para ello fotos y otros datos de la persona a la que se quería imitar y modelando sus rasgos sobre el otro rostro. Era lo mismo que modelar una escultura en barro. Una vez logrado el parecido completo, se cesaba la acción de los rayos, y el rostro volvía a adquirir cohesión, recobrando su firmeza. El hombre seguía siendo la misma persona que antes, pero con un rostro distinto. Y el sistema hacía que no

pudiera apercibirse ninguna huella de la falsificación, ninguna cicatriz, ninguna señal...

Carl siguió leyendo. Según las declaraciones, el hombre tenía la misión de reunirse con sus compañeros y, en el papel de presidente que había adoptado dictar una nueva ley en la primera reunión del Consejo del Pueblo que fuera: La ley de confraternización de los planetas Astra y Calíope, en pro de una nueva amistad y conocimiento mutuo.

Y esto era todo. Aparte estas declaraciones, no había nada más. El prisionero no sabía nada sobre la pretendida invasión de Calíope por Astra. No sabía nada salvo lo relativo a su misión.

Carl dejó el informe, y hojeó todos los demás.

Como había dicho Hasler, todos eran idénticos. Había algunos detalles más, como la indicación de las fechas en las que se había realizado la suplantación de los respectivos consejeros, la misión específica que cada uno tenía, como era la de algunos consejeros de provocar las «manifestaciones pacíficas» en sus departamentos...

Carl dejó los informes, e interrogó a Holliman con la mirada. Éste había leído también los informes, y respondió a la muda pregunta de Carl con un encogimiento de hombros. No comprendía nada.

-Es todo lo que se ha podido sacar de ellos -dijo Hasler-. No saben nada más.

Carl asintió con la cabeza.

-Está bien, Greog, ha hecho un buen trabajo. Puede retirarse.

Cuando los dos hombres se quedaron solos, Carl volvió hacia Holliman. La pregunta fue concisa:

-¿Entiendes algo de esto, Robert?

Holliman negó con la cabeza. No, estaba tan a oscuras como Carl.

Este se dejó caer en una silla.

-Es absurdo -murmuró-. Pensaba que ahora tendríamos la solución al alcance de nuestra mano, que todo estaría resuelto, pero... ¿qué hemos sacado en limpio? Tan sólo que el consejo en pleno era traidor, y que lo único que intentaban al montar todo este tinglado era conseguir un acuerdo de confraternización con Astra. ¡Es ridículo!

-¿Y lo de la descohesión?

Carl miró a Holliman.

-¿La descohesión?

-Sí, la nueva arma de Astra. Supongo que no será solamente este aparatito que describen los prisioneros y que les sirve para cambiarse el rostro a voluntad. Esto no es ninguna arma como para permitirles iniciar la invasión. Algo más ha de haber a este respecto.

-Sí -murmuró Carl-, tienes razón. Ha de haber algo más...

Permaneció unos momentos en silencio. Y de pronto, dejó escapar una extraña exclamación.

Se puso en pie de un salto.

-¡Dios santo -exclamó-, ahora lo comprendo! ¡Ahora lo veo todo claro!

Holliman lo miró, extrañado.

-¿Lo ves claro? ¿Qué es lo que ves claro, Carl.

-Todo, Robert. Lo de la misteriosa arma, la descohesión, las manifestaciones pacíficas, el proyectado acuerdo de confraternización con Astra, la invasión... ¡Cielo santo, es un plan diabólicamente bien preparado!

-Pero... pero... -Holliman estaba sorprendido, confuso-. ¡Carl! ¿Qué sucede?

Pero Carl no estaba para dar explicaciones. Se dirigió rápidamente hacia la puerta, exclamando:

-¡Lo siento, pero no tengo tiempo de explicarte nada! ¡Debemos obrar rápidamente!

Y salió de la habitación, sin dar a Holliman siquiera tiempo de reponerse de su sorpresa...

CAPÍTULO IX
RAYOS ULTRAVIOLETA

Greog Hasler se frotó pensativamente el lóbulo de la oreja derecha.

-¿Quiere decir que desea saber si existe algo que contrarreste los efectos de la substancia que los hombres de Astra se colocan en los ojos para neutralizar su fosforescencia?

-Exacto. Necesito saber, en un momento dado, instantáneamente, si alguien es un hombre de Astra o un calíope. Y para esto preciso de algo que me permita comprobar la naturaleza interna de sus ojos. ¿Comprende lo que quiero decir?

Hasler, tras breve vacilación, asintió con la cabeza.

-Sí, creo que lo comprendo.

-¿Y existe algo que me pueda servir?

Nueva afirmación.

-Al examinar por primera vez los ojos del falso Arderhn -explicó Hasler-, y constatar que había en ellos una substancia acuosa distinta a los humores propios del órgano, la examiné, sometiéndola a diversas pruebas a fin de determinar su naturaleza. Y pude observar que aquella substancia era susceptible a reaccionar bajo la acción de la luz ultravioleta, que neutralizaba completamente sus efectos.

-Lo cual es lo mismo que decir que, sometiendo los ojos de un hombre de Astra a los rayos de una luz ultravioleta...

-Los efectos de la substancia se anulan. Y los ojos vuelven a adquirir su fosforescencia natural mientras dura la iluminación.

Carl sonrió.

-Gracias, Hasler. Me acaba de proporcionar una buena arma para mis propósitos.

* * *

El coche se detuvo ante el edificio de la gobernación de la capital de Calíope, y Carl saltó al suelo, haciendo una seña a los dos hombres que le acompañaban para que aguardaran allí. Después se dirigió hacia las escalinatas, subiéndolas rápidamente.

Uno de los dos soldados que montaban la guardia exterior le cerró el paso.

-Deseo hablar con el gobernador -pidió Carl-; es urgente. Soy el

consejero Shano.

-Un momento.

El guardia hizo una seña a su compañero, desapareciendo después en el interior del edificio. A los pocos momentos volvía a salir, haciendo una seña a Carl.

-Seguidme, por favor. El señor gobernador os aguarda.

Carl no tardó en verse nuevamente en la misma habitación en la que estuviera la vez anterior, y frente al mismo hombre. Ustor, gobernador de Calíope capital y jefe de la Patrulla de Seguridad del planeta, se inclinó ante él en señal de saludo.

-¿Cuál es el motivo de vuestra visita, consejero Shano? -interrogó.

-Desearía saber algunos detalles sobre las insurrecciones habidas en el planeta. Creo que el asunto está ganando progresivamente en importancia, y...

-¡Oh, no debéis preocuparos por ello! -el gobernador le interrumpió con un gesto-. Es cosa de poca importancia. Sólo manifestaciones de tipo pacífico, sin ninguna trascendencia.

-Sí, ya lo sé. Pero se producen en muchos sitios a la vez. Creo que estas manifestaciones están tomando carácter general. ¿No lo encuentra un poco raro?

-No. El pueblo es libre de manifestar sus opiniones, siempre que no emplee para ello la violencia. ¿No es esta vuestra opinión, consejero Shano?

-Sí, en parte. Pero considero que el pueblo es libre de expresar su opinión «libremente», sin que nadie le induzca a ello.

Ustor demostró sorpresa al oír aquellas palabras.

-¿Qué queréis decir?

Carl se acercó lentamente al gobernador. Su mano derecha estaba hundida en uno de los bolsillos de su traje.

-Creo que vos lo sabéis suficientemente bien, gobernador. Me parece que lo sabéis demasiado bien.

Y repentinamente alzó su mano izquierda, colocando su muñeca a la altura del rostro del gobernador. La tela del traje, por efecto del movimiento, se retiró un poco, dejando ver, fijo a la muñeca de Carl, un pequeño aparato de forma esférica que apuntó directamente a los ojos de Ustor.

E, instantáneamente, estos empezaron a fosforescer.

Carl no vaciló ni un segundo en sacar su otra mano del bolsillo,

mostrando en ella un arma, una pistola de tipo calíope con la que apuntó al otro.

-Será mejor que no os mováis, gobernador Ustor. Como indudablemente debéis saber, las pistolas de Calíope matan instantáneamente. Y yo no vacilaría ni lo más mínimo en usarla.

Ustor miró el ama, y luego a Carl.

-No comprendo... -murmuró-. ¿A qué se debe esta actitud?

-A nada. Llamadlo un capricho si queréis. O un pasatiempo. Pero será mejor que obedezcáis, si no queréis ir a reuniros con vuestros antepasados.

-Esta es una frase típica terrestre -murmuró el gobernador.

-Claro. Y yo soy terrestre, lo sabéis muy bien. De modo que obedecedme y venid conmigo hasta la salida. Y en ella no intentéis llamar a ninguno de los dos guardias para que os ayuden. Afuera tengo un coche, y desde él dos hombres los apuntan constantemente. Al menor movimiento que realicen en vuestra ayuda, ellos dispararán contra ellos, y yo contra vos. Ya sabéis a lo que os exponéis.

Ustor volvió a mirar a Carl, y luego al arma que éste empuñaba. No le quedaba más remedio que obedecer.

-Está bien -dijo-. Pero os advierto que esto os costará caro. Lo pondré en conocimiento de la presidencia.

-¿De Astra? -fue el sarcástico comentario.

Y Carl le empujó hacia la salida, sin dejar de apuntarle ni un solo instante.

* * *

Hasler le entregó el nuevo informe.

-Esto es todo lo que sabe -dijo-. No hay nada más.

Carl lo cogió. Lo mismo que los anteriores. Solamente el modo en que había sido efectuada la suplantación, y la misión específica que tenía el falso gobernador de Calíope capital: hacer que las fuerzas de la patrulla de seguridad del planeta no actuaran violentamente contra los manifestantes que pedían la confraternización con Astra, Nada más.

-Los de Astra se lo llevan todo bien guardado -murmuró Holliman después de leer el informe-. Trabajan con eficacia. Aunque sigo sin comprender nada. Al parecer, estas manifestaciones son lo más importante del plan de Astra para conquistar Calíope, pero ¿qué tiene que ver esto con la

invasión?

Carl sonrió.

-Mucho más de lo que parece, Robert. Ahora voy a darte unas cuantas indicaciones -alargó un brazo, mostrando el aparato que llevaba sujeto en la muñeca-. ¿Sabes lo que es esto?

-Sí, un proyector portátil de rayos ultravioletas. ¿Por qué?

-Porque quiero que proveas de ellos a todos los agentes que tengas a tu disposición en este momento.

-Muy bien, de acuerdo. ¿Y qué han de hacer con ellos?

-Una cosa muy sencilla. Enfocarlos a la cara de todas las personas que después mencionaré, y esperar a ver si sus ojos fosforecen o no bajo la luz. En caso afirmativo, detener a la persona de que se trate, y ponerla bajo custodia inmediatamente, desposeyéndola de su cápsula de veneno, aunque para ello se tenga que emplear la violencia.

Holliman se rascó pensativo la cabeza.

-No comprendo para qué podrá servir todo esto, pero estoy de acuerdo. ¿Y quiénes son estas personas a las que has aludido?

-Todas las que ocupen algún cargo de importancia en el planeta. Todas ellas sin excepción.

Holliman murmuró algo para sí mismo.

-He de confesar que no te entiendo, Carl. ¿Acaso supones que hay alguno de ellos que es un hombre de Astra camuflado?

-No alguno de ellos, sino todos o casi todos, Robert. Tú no lo sabes aún, pero Calíope ha estado a punto de ser objeto de la invasión más sorprendente y más efectiva que hayan registrado los anales de la historia universal. Tú encárgate de lo que te he dicho con los demás agentes, y no te preocupes por lo demás. Entre tanto, yo tengo otro trabajo que hacer.

-¿Cuál?

-Buscar al principal traidor, naturalmente. Al jefe y organizador de todo. Esta es la misión para la que vine aquí.

Dio media vuelta, se dirigió hacia la puerta, y salió, mientras a sus espaldas Holliman terminaba encogiéndose filosóficamente de hombros. Al fin y al cabo, se dijo, él no era quien había tomado la responsabilidad del asunto. De modo que por este lado podía estar tranquilo.

*   *   *

Carl contempló fijamente a Lana que, sentada frente a él, le escuchaba con atención.

-¿Comprende lo que quiero decir, Lana? -inquirió una vez más-. ¿Ha entendido cuál es su misión?

La muchacha afirmó con la cabeza, mirando el voluminoso cartucho especial lacrado que acababa de entregarle. Este repitió una vez más:

-Caso de que a mí me sucediera algo, debe entregarle esto a Holliman con la indicación de que lo envíe a la Tierra por el conducto particular de Seguridad Estelar. Pero solamente en el caso de que a mí me sucediera algo. En otro cualquiera, reténgalo en su poder. ¿Ha comprendido?

La muchacha afirmó con la cabeza.

-Completamente, Shano. Puede contar conmigo.

Carl le sonrió, cogiéndole una mano y reteniéndola entre las suyas.

-Puede llamarme Donovan si quiere. O mejor Carl. Ahora ya no es necesario fingir. Si no me equivoco mucho, el final de todo esto ya se está acercando.

-Esto espero -murmuró la muchacha.

-Yo también. Y no se preocupe. Calíope ha pasado un gran peligro, pero por fortuna se encuentra ya prácticamente a salvo. Solamente quedan unos pequeños detalles, pero espero arreglarlo todo dentro de poco. Con su ayuda, claro.

La muchacha, suavemente, retiró su mano.

-¿Por qué se expone usted, Carl? Lo que quiere hacer podría hacerlo otra persona cualquiera.

-No, Lana, no puede hacerlo nadie más que yo. Además, no hay que preocuparse. Lo he calculado y previsto todo; saldrá bien.

-Entonces, ¿por qué me ha entregado esto?

Carl miró el cartucho lacrado, y sonrió:

-No sea tan susceptible, Lana. Simplemente, me gusta dejar todos los cabos bien atados. No se preocupe, si usted cumple fielmente mis instrucciones, todo saldrá bien. ¿De acuerdo?

La muchacha dudó unos momentos, y luego asintió. Posó una mano sobre el brazo de Carl.

-Vaya con cuidado -pidió-. Me dolería mucho que le sucediera algo.

Carl rió abiertamente.

-No hay que ser tan pesimistas, Lana. ¿Sabe qué le digo? Cuando todo vuelva a su cauce, pediré de la Tierra que me den unos días de vacaciones; me los tienen prometidos desde hace siglos. Y me quedaré aquí a disfrutarlos. Apenas he podido visitar Calíope, salvo el palacio de la presidencia y algo de la capital. ¿Querrá ser usted mi cicerone en este caso, Lana?

-Naturalmente, Carl. Con mucho gusto.

Carl le palmeó suavemente una mano.

De acuerdo. Lana. E incluso quizá me atreva y le pida otra cosa. Aunque me arriesgue mucho a recibir un «no» por respuesta.

Y antes de que la muchacha pudiera preguntarle qué era aquello que quería pedirle, Carl se dirigió hacia la puerta, lanzándole desde allí un beso de despedida con la mano. Pidió:

-¡Recuerde todo lo que tiene que hacer. ¡Y no me falle!

Dio media vuelta y salió, cerrando suavemente la puerta a sus espaldas.

CAPÍTULO X
LA TRAMPA

La desaparición repentina de todos los consejeros en mitad de una reunión, y la imposibilidad de su posterior localización a pesar de todos los esfuerzos, causaron una verdadera conmoción en palacio. Todos los que allí se encontraban (excepto los que ya estaban al tanto del asunto, naturalmente), hicieron indagaciones por todas partes, en un inútil intento de encontrar algún rastro. Todo fue infructuoso. Hasta que al final tuvieron que darse por vencidos.

Por esto, la repentina aparición de Carl en el palacio causó una auténtica revolución. Nadie se esperaba ver por allí al consejero Shano, de quien había dicho el presidente había sido enviado en misión especial a otro planeta, y su impensado regreso fue una verdadera sorpresa. Una sorpresa que llegó hasta los últimos ámbitos del palacio.

Carl fue informado rápidamente de lo sucedido, y el consejero Shano demostró auténtica sorpresa, mientras el agente Carl Donovan reía por lo bajo. Pidió calma y paciencia, y prometió que se encargaría él personalmente del asunto. Hecho esto, se dirigió hacia su habitación, y se encerró en ella.

Todos esperaban que Carl hiciera algo inmediatamente, se moviera, buscara los rastros de los demás consejeros y del propio presidente.

Y se sorprendieron al ver que éste no se movía para nada de su habitación el resto del tiempo.

Más se hubieran sorprendido de saber lo que hacía Carl dentro de su habitación. Porque éste se encontraba sentado tranquilamente en un sillón y empezando a leer el primer tomo de «La gran aventura del hombre», libro que, a pesar de haber oído hablar mucho de él, no había tenido ocasión de leer nunca.

El resto del día transcurrió lentamente, sin ninguna novedad. Y cuando la noche oscureció el interior de la habitación. Carl se levantó, dejó el libro en su sitio de la biblioteca, y se dirigió hacia la cama, tendiéndose en ella sin desvestirse, y poniéndose a dormir tranquilamente.

Y cuando despertó, ya no se encontraba en el mismo sitio.

*   *   *

Lo supo por una punzada en los riñones, consecuencia de haber estado tendido durante tiempo sobre una superficie lisa, fría y dura. Se

levantó, dándose cuenta de que había estado tendido en el suelo, y se desperezó, haciendo unas cuantas flexiones.

Sonrió; la cosa parecía marchar. Examinó con la mirada el lugar donde se hallaba, pero sólo pudo descubrir tinieblas. «Es lo mismo -se dijo-. Eso es lo que menos importa en estos momentos».

Avanzó con las manos extendidas, hasta que las puntas de sus dedos tropezaron con el obstáculo de la pared. La fue siguiendo a todo lo largo, hasta encontrar el hueco de la puerta, cerrado por una hoja que identificó como plástico extraduro. La golpeó, haciendo notar su presencia, pero nadie respondió. Se encogió de hombros. Siguió recorriendo la pared a todo lo largo, sin hallar ningún accidente más. Por lo que terminó haciendo un gesto de filosófica indiferencia, y se sentó de nuevo en el suelo, apoyando la espalda en el muro.

Buscó en el bolsillo los pocos cigarrillos que le quedaban cuando llegó a su habitación del palacio, pero no encontró ninguno. Palpó los otros bolsillos, comprobando que estaban vacíos al igual que el primero; le habían aligerado de todo lo que llevaba encima.

Volvió a encogerse de hombros. ¿Para qué preocuparse? No valía la pena. Cerró los ojos, y esperó. No le quedaba otra cosa que hacer.

El tiempo fue transcurriendo lentamente. Carl calculó que habrían pasado un par de horas, cuando de repente la habitación se iluminó. Y por primera vez pudo dar un vistazo al lugar donde se hallaba.

Era una habitación cuadrada, de techo bajo, totalmente desprovista de muebles u otra cosa que los sustituyera. Toda ella era metálica, y en la parte superior había un círculo de orificios que correspondían al sistema automático de renovación de aire. Por lo cual Carl supuso que se encontraba en una habitación subterránea.

No transcurrieron dos minutos sin que la puerta, la única que existía en la habitación, se abriera. Carl se volvió hacia ella, y esperó. Dos hombres armados aparecieron en el umbral.

-Vaya, el comité de recepción -murmuró Carl sarcásticamente-. ¿Qué se les ofrece, amigos?

Los dos hombres eran calíopes, o al menos habían adoptado su apariencia. Aunque Carl hubiera jurado sin temor a equivocarse que eran de Astra.

Ninguno de los dos habló. Solamente uno hizo un gesto, indicándole que saliera de la habitación.

Y Carl no se hizo de rogar.

Una vez fuera, y custodiado por los dos hombres, uno precediéndole y el otro siguiéndole, siempre con las armas listas, echó a andar hacia adelante, siguiendo un estrecho pasillo a cuyos lados se abrían algunas puertas cerradas. Cuando llegaron al final del mismo embocaron por otro, que recorrieron hacia su final. Allí, los dos hombres se situaron a ambos lados de una puerta, y uno de ellos le hizo un gesto de que pasara. Carl sonrió, hizo un imaginario gesto de arreglarse el nudo de una inexistente corbata, y empujó la hoja.

Y una frase cortés le dio la bienvenida:

-Adelante, míster Donovan. Puede pasar.

* * *

La habitación en la que se encontró Carl era impersonal, fría. Los únicos muebles que existían en ella era una silla, vacía, frente a una mesa, y tras esta mesa otra silla. Y sentado en la última silla, un hombre.

Lo examinó. Era relativamente alto, grueso y musculoso. Vestía un traje de un color verdoso, y al cinto llevaba una pistola de un modelo desconocido en Calíope: una pistola fabricada en Astra. Por lo demás, tenía toda la apariencia exterior de un calíope. Cualquiera lo hubiera confundido con uno de ellos.

Pero Carl no. Carl sabía que tras aquella apariencia se oculta un hombre de Astra. Es más, sabía que tras aquella apariencia se ocultaba el jefe supremo de los hombres de Astra destacados en Calíope. Aquél era el hombre que llevaba sobre sus hombros todo el peso de la invasión.

-Veo que ha sabido pronto mi verdadero nombre -murmuró-. Le felicito.

El hombre sonrió, inclinando ligeramente la cabeza. Indicó a Carl la silla que tenía frente a sí, al otro lado de la mesa.

-¿Quiere sentarse, por favor?

Aquel «por favor» sonó raro a oídos de Carl, mas hizo lo indicado sin decir nada. Cruzó las piernas, y aguardó tranquilamente a que el otro iniciara la conversación.

-Creo que antes que nada es mejor que le indique la imposibilidad de escapar de aquí -principió el otro-. Usted es un hombre inteligente, y supongo

habrá ya comprendido esto, pero prefiero repetírselo. Nos encontramos bajo tierra, en los sótanos de una villa de las afueras de la capital, y para llegar a la superficie se han de cruzar varios puestos de vigilancia por hombres armados y células-robot. Como verá, por poca imaginación que tenga, aunque lograra salir de esta habitación, ahí se terminarían todos sus intentos de fuga. Ha comprendido, ¿verdad?

-Sí, perfectamente -Carl entrelazó los dedos, permaneciendo silencioso unos segundos. Luego inquirió-: Por cierto, si no estoy mal informado, tanto en Astra como en Calíope el presentarse es una costumbre muy usual, ¿verdad? Todavía no conozco su nombre.

El otro rió suavemente.

-Sí, es verdad. Aunque no creo que mi nombre le diga nada. Me llamo Wirgt, aunque en Calíope soy el ciudadano Shutto. ¿Satisfecho?

-Sí, aunque creo que se ha olvidado de decirme algo. Por ejemplo, que es el hombre encargado de llevar a cabo la invasión de Calíope. Y que no lo ha logrado por muy poco... Es una lástima que yo me haya interpuesto en su camino y... Por cierto, ¿cómo es que, conociendo mi identidad, no me impidieron que siguiera adelante? Se hubieran ahorrado muchos contratiempos.

El otro se encogió de hombros.

-Simple ignorancia. En realidad, no sabíamos quién era verdaderamente usted. Teníamos noticias de que un agente de Seguridad Estelar llamado Donovan había llegado a Calíope, pero no sabíamos ni cuándo ni cómo. Solamente teníamos un indicio de que podía ser el consejero Shano...

-Y por eso registraron mi habitación buscando alguna prueba.

-Sí. Fue una lástima que usted llegara en aquellos momentos, pero se trató de algo fuera de nuestras previsiones. Cuando en realidad supimos quién era fue cuando sucedió lo del consejero Arderhn. Y entonces fue ya demasiado tarde para iniciar una contraofensiva. Se nos adelantó.

-Pero ahora me han capturado. Hablando en términos terrestres, les diré que han devuelto el golpe cumplidamente. ¿No es cierto?

El hombre volvió a encogerse de hombros.

-Míster Donovan -dijo-, creo que aquí, entre nosotros, no son necesarios los fingimientos. De modo que dejemos esta cuestión y pasemos

directamente al asunto que nos interesa. Como ve, nosotros no apelamos a las torturas ni a otros métodos violentos para hacer hablar a la gente. Pero necesitamos conocer qué es lo que sabe usted, y lo que se propone. Sé que las amenazas serían inútiles, y por lo tanto prefiero ir directamente al grano: si usted quiere, podemos llegar a un acuerdo.

Carl sonrió para sí mismo.

-¿Un acuerdo... ventajoso?

-Para las dos partes. Podemos decir que usted se encuentra ahora en una situación... desventajosa para con nosotros. No creo que con lo que sepa logre salvar a Calíope de la invasión, y en cambio se encuentra... digamos en una situación un poco comprometida. Si se obstina en encerrarse en una capa de dignidad propia de terrestre, no logrará nada. En cambio, si nos revela todo lo que sabe...

-¿Qué?

-Podrá contar con un puesto en Astra. Un puesto muy ventajoso.

Carl dejó escapar una breve risita.

-No creo que fuera tan ventajoso -comentó-. Me sentiría desplazado entre tantas barbillas hundidas.

-¡Oh, naturalmente, le adaptaríamos el rostro para que no se diferenciara en nada de ninguno de nosotros!

-Sí, claro, con su milagroso aparato descohesionador. No creo que fuera realmente una solución. Nosotros, los terrestres, tenemos un distinto sentido de la belleza del rostro que los hombres de Astra. No nos gustan las barbillas hundidas, ni en nosotros ni en otras personas. Creo que a los de Astra les sucede lo mismo a la inversa con los calíopes y terrestres, ¿verdad?

El otro asintió con la cabeza.

-Sí, tiene razón. Pero esto no es un inconveniente demasiado grande para usted Piense que, en otro caso, no tiene nada que elegir.

-Tal vez -Carl se retrepó en la silla-. Por cierto, ¿no ha pensado en qué era lo que yo hacía en el palacio de la presidencia cuando me capturaron?

Instantáneamente, Wirgt se envaró:

-¿Qué quiere decir?

-Nada... nada importante. Sólo era una reflexión.

Y Carl sonreía inocentemente. El hombre de Astra murmuró algo para sí mismo.

-Escuche, Donovan. Creo que es inútil toda discusión. Por eso le pregunto directamente: ¿Está dispuesto a colaborar con nosotros?

-¿Y usted qué cree?

Wirgt hizo intención de levantarse, pero Carl le contuvo con un gesto. Sin dejar de adoptar su postura de indolencia, murmuró:

-Mi querido «kartel» Wirgt -Carl sabía que «kartel» era la equivalencia en Astra de la palabra jefe-. Hasta ahora solamente ha hablado usted, usted y usted. ¿Qué le parece si ahora me deja hablar un poco a mí?

El hombre de Astra adoptó una actitud de desconfianza. Sus manos se posaron sobre la mesa, indecisas.

-¿Qué quiere dar a entender?

-Nada importante, no se asuste. Simplemente, que hasta ahora ha propuesto usted. Ahora creo que puedo proponer un poco yo.

Un inaudible suspiro se escapó de la boca del otro.

-Muy bien. ¿Acaso, quiere algo más?

-Pues... sí, digamos algo por el estilo. Sólo repito mi consideración de antes. ¿No ha encontrado un poco raro que yo me dirigiera al palacio de la presidencia, aun sabiendo que allí podían localizarme fácilmente? ¿No le ha extrañado que yo permaneciera allí, tranquilamente en mi habitación, durmiendo, cuando sabía que podían atacarme en cualquier momento?

Wirgt callaba, y por eso Carl continuó:

-Usted ha dicho que probablemente nosotros no podríamos evitar que Astra invadiera Calíope. Y ésta es su principal equivocación. Sabemos mucho más de lo que parece, y a estas horas todo su cuidadoso y bien preparado plan se ha ido por los suelos. ¿No ha recibido la noticia de que muchos de los hombres que ocupaban cargos importantes en Calíope, hombres de Astra, se entiende, han sido detenidos, y eliminado el peligro que representaban?

Wirgt dudó unos momentos, como rumiando lo que acababa de oír. Luego pareció recuperar su aplomo.

-Sí -dijo-. Pero esto no implica nada. Ellos sólo son brazos motores del plan. Ustedes solamente están dando golpes inconexos contra nosotros, palos de ciego creo que lo llaman en la Tierra. No lograrán nada. Podemos volver a reconstruirlo. La invasión quizá se retrase, pero se llevará finalmente a cabo. Usted no podrá impedirlo.

Carl sonrió abiertamente.

-Creo que debo desengañarle, «kartel» Wirgt. «Porque lo estoy impidiendo».

En aquel momento la puerta de la habitación se abrió bruscamente, y un hombre apareció por ella. Al verle, Wirgt se puso en pie de un salto.

Y Carl, aprovechando el momento en que el otro descuidaba de vigilarle, se lanzó contra él.

Cuando Wirgt quiso darse cuenta de lo que se le venía encima, ya era demasiado tarde para reaccionar. Sin saber cómo se encontró sin posibilidades de hacer nada. Carl le había atenazado fuertemente, imposibilitándolo de cualquier movimiento agresivo, mientras su mano derecha descendía velozmente buscando la funda de la pistola y extrayendo el arma de ella. Después, de un fuerte empujón, envió a Wirgt a unos pasos de distancia, trastabillando.

El hombre que acababa de entrar había quedado inmóvil, sorprendido ante lo insólito de la escena que contemplaban sus ojos. Y cuando acertó a reaccionar ya era tarde. Carl, con la pistola de Wirgt en la mano, le apuntaba firmemente.

-Dígale a este hombre que suelte todas las armas que lleve encima -ordenó al hombre de Astra-. Hágalo, y rápido.

Wirgt, aún no repuesto de lo sucedido, hizo lo que le indicaban. El otro hombre no tuvo más remedio que dejar caer las armas.

-Está bien. Ahora váyase hacia aquel rincón. Y alcen las manos por encima de la cabeza.

Los dos hombres volvieron a obedecer, imposibilitados de hacer nada más. Carl se acercó hacia el lugar donde se encontraban las armas que había dejado caer el otro y las envió hacia un rincón con el pie. Luego se volvió de nuevo hacia los dos hombres.

-Bien, parece que ahora han cambiado un poco las tornas, ¿verdad?

-No conseguirá nada -murmuró Wirgt-. De aquí no podrá salir.

-¿Ah, no? -Carl se volvió hacia el otro hombre-. Cuéntale ahora lo que venías a decirle, amigo. Tu «kartel» te escuchará con mucha atención y mucho gusto.

El hombre miró a su jefe, y después a Carl. Pero no dijo nada.

-Está bien, en este caso lo diré yo. Este hombre venía a comunicar que este edificio en el que nos encontramos está completamente rodeado, y

que algunos hombres lo están atacando, iniciando un asalto en toda regla. Hombres de Seguridad Estelar, naturalmente.

Wirgt palideció, abriendo incrédulamente la boca. Miró al otro nombre y éste, vacilante, asintió con la cabeza. Carl rió suavemente.

-Ya lo ve, amigo. Las cosas no son siempre lo que parecen.

Wirgt pronunció unas cuantas frases en su idioma nativo, y Carl volvió a sonreír. El otro murmuró, con un deje de rencor:

-¿Cómo lo ha conseguido?

-De un modo muy sencillo -fue la respuesta-. Todos los agentes de Astra llevaban en la boca, en un diente falso, una cápsula de veneno para casos de emergencia. Yo decidí imitarlos. Sólo que en vez de veneno me coloqué un transmisor automático. ¿Sabe lo que es? Es uno de los últimos inventos terrestres. Consiste en un pequeño transmisor receptor de frecuencia especial, casi microscópico, que transmite todo lo que capta y lo envía a otro aparato similar situado en otra parte. Asimismo, al emitir continuamente, permite ser localizado con la máxima facilidad por detectores especiales.

-Entonces quiere decir...

-Exactamente, mi querido «kartel» Wirgt. La propia hija del presidente Sirokhort, Lana, fue quien estuvo atenta al otro lado del pequeño transmisor que llevaba yo en la boca. Y cuando supo que efectivamente yo me encontraba en el cuartel general de los hombres de Astra en Calíope, avisó inmediatamente al jefe de Seguridad Estelar en este planeta, Robert Holliman. Y éste, naturalmente, se ha dado prisa para acudir aquí con todos sus hombres disponibles.

Wirgt se mordió furiosamente los labios. Carl se encogió de hombros.

-Ya le dije que resultaba un poco extraño. Nadie con un poco de sentido común volvería al palacio de la presidencia después de lo sucedido en él. A menos, naturalmente, que éste tal preparara una trampa, de la que él fuera el cebo, claro.

En aquellos momentos llegaron indistintamente, a través de la cerrada puerta de entrada, los broncos estampidos de unos disparos, en los que Carl identificó a las armas calíopes. Otros disparos más cercanos les contestaron, con el ruido inconfundible de las armas de Astra. Wirgt palideció más todavía; la impenetrable estructura de aquellas habitaciones subterráneas con respecto al resto del edificio le habían impedido hasta entonces oír el ruido de

los disparos, pero ahora sabía ya que Carl había dicho la verdad.

Transcurrieron unos segundos, y la puerta se abrió. Y por ella aparecieron varios hombres, varios agentes de Seguridad Estelar debidamente armados, al frente de los cuales iba el propio Robert Holliman.

-¿Lo ve, Wirgt? -dijo Carl, sonriente-. Ahora es usted quien tiene que doblegarse y aceptar las proposiciones de los otros. Y creo que éstas no pueden ser más que rendición sin condiciones.

CAPÍTULO XI
EL FIN

El ataque de Holliman y los restantes agentes de Seguridad Estelar en Caliope al edificio donde se encontraba el cuartel general de operaciones de Astra resultó un completo éxito. Cogidos por sorpresa, la resistencia fue prácticamente nula, excepto algunos disparos sin importancia.

Y así, poco después de principiado el ataque, el edificio había sido totalmente conquistado.

En una de las habitaciones subterráneas de la casa, Carl contempló con aire triunfante el aparato que tenía ante sí. En su parte inferior parecía una mesa de operaciones, con un largo brazo en un lado que, ascendiendo hacia el techo, sostenía un aparato de forma semiesférica, cuya parte inferior parecía la pantalla de un potente foco. En sí, el conjunto se asemejaba por sus formas a las primitivas bombas de cobalto que para fines médicos se usaron en la Tierra. Pero no lo era, ni mucho menos.

-Bien -murmuró Carl, suspirando-. Ésta es la tan traída y llevada arma con la que Astra pensaba invadir Calíope. La descohesión. ¡Y pensar que ni siquiera tiene efectos destructores!

Holliman, a su lado, le miró atentamente. Luego miró el aparato. Y finalmente meneó la cabeza de un lado para otro.

-Lo siento, Carl, pero no lo entiendo -murmuró-. No lo entiendo en absoluto. ¿Cómo puede ser esto el arma de la que tanto alardeaba Astra? ¿Cómo puede esto constituir el punto clave de la invasión?

Carl se encogió de hombros.

-De un modo muy sencillo, Robert. «Porque Astra no pensaba invadir Calíope por la fuerza». Éste fue nuestro principal error desde un principio. Creíamos que Astra invadiría Calíope por las armas, con la violencia, y el plan que éste tenía era muy distinto. Y mucho más efectivo y sutil también.

-¿Ah, sí?

-Sí. Si no recuerdo mal, en una ocasión, apenas acabado de llegar a Calíope procedente de la Tierra, el presidente Sirokhort (el verdadero presidente Sirokhort), me dijo que Astra no temía a Seguridad Estelar ni a la Unión de Universos, pues sabía que cualquier acción de éstos por su parte provocaría una guerra interestelar. Al principio lo creí, pero luego pude darme cuenta de que estaba equivocado. Astra «sí» temía a Seguridad Estelar y a la

Unión de Universos. Sabía que cualquier ataque de ésta representaría una guerra, es cierto, pero sabía también que en esta guerra Astra no llevaría precisamente la mejor parte.

-¿Entonces?

-El plan de Astra era mucho más sutil. Verás. A Astra le interesaba sobremanera Calíope. Como planeta rico y próspero que es, constituía una presa codiciada para un planeta carente casi de recursos naturales y que tenía que fiar todo a la importación. Por eso decidieron apoderarse de él. Pero de modo que ni Seguridad Estelar ni la Unión de Universos pudieran hacer ni decir nada. Es decir, haciendo que Calíope se entregara voluntaria y espontáneamente a manos de Astra.

-¿Quieres decir...?

-Verás cómo sucedió. Astra acababa de descubrir una nueva arma, la descohesión. Con ella, usándola con la debida potencia, se podía borrar a Calíope de la faz del Universo, pero esto no le interesaba. Tampoco le serviría de nada atacarlo, ya que esto representaría una guerra interestelar. ¿Solución? Adaptaron la descohesión a un cometido más simple, más humilde: el de transformar los rostros de los hombres de Astra en rostros calíopes. Y esto les daría la victoria.

-¿Pero cómo?

-¿Todavía no lo ves claro? La descohesión podía hacer de un hombre de Astra la réplica de un calíope cualquiera. Y si este calíope ostentaba un cargo importante, podía ocupar su puesto y, en su nombre, hacer y deshacer según sus conveniencias. ¿Comprendes ahora?

-Entonces...

-Sí, todo era muy sencillo. Astra podía ocupar todos los escaños importantes del gobierno del planeta con sus hombres, y desde allí hacer que Calíope se aproximara a Astra y firmara con él tratados de amistad e intercambio. Tratados que, naturalmente, sólo favorecían a Astra. Éste, poco a poco, con paciencia y perseverancia, iría ocupando Calíope, de modo que éste pasaría a ser, en la práctica, una colonia suya. Con lo cual habrían conseguido plenamente sus propósitos, sin que nadie les pudiera decir nada.

Holliman lanzó un silbido.

-Pero les ha fallado -prosiguió Carl-. Aunque les faltó muy poco para conseguirlo. Y de llegarles a salir bien, nadie hubiera podido decir nada, ya

que oficialmente hubiera sido Calíope quien se había entregado voluntariamente a manos de Astra.

-Pero por suerte no ha sido así. ¿Y qué sucederá ahora?

Carl se encogió de hombros.

-Aquí nada. Casi todos los agentes que Astra tenía en Calíope han sido descubiertos, y Wirgt nos dirá cuáles son los restantes. Pero la cosa creo que traerá mucha cola. El origen del peligro, Astra, se encuentra todavía libre para hacer lo que quiera, y o mucho me equivoco o la Unión de Universos tendrá que tomar rápidamente una resolución al respecto. Indudablemente adoptarán la de lanzarse todos contra Astra por sorpresa y conminarle a la rendición, bajo la amenaza de destrucción total e inmediata. Astra no se atreverá a luchar solo contra todos en inferioridad de condiciones, y tendrá que doblegarse. Con lo cual le saldrá muy caro su proyectado intento de dominación.

Holliman suspiró.

-Sí, ya me lo supongo. Bueno, nosotros hemos terminado con nuestra parte, ahora que se apañen los demás. Creo que Elston podrá estar contento de este servicio.

-Y tendrá que darme las vacaciones que me prometió, aunque le pese hacerlo. O le prometo que habrá algo grande.

Abandonaron la habitación, y se dirigieron hacia el exterior. Salieron a la calle, acordonada por agentes, y Carl pudo ver allí, en la acera, una figura. Una figura que se le acercó lenta, tímidamente, como si tuviera miedo de hacerlo.

-¿Se... se encuentra bien?

Carl dejó escapar una carcajada.

-Naturalmente que sí, Lana. Aunque, he de reconocerlo, gracias a usted. Ya le dije que todo esto era cosa de coser y cantar, como decimos allá en la Tierra. ¿Lo ve? Ya ha terminado todo. Calíope puede respirar tranquilo.

La muchacha dejó escapar un suspiro.

-Temía por usted, Carl -dijo. E inmediatamente se arrepintió de aquellas palabras. Rectificó-: Bueno, me hubiera sabido mal que le hubiera sucedido algo.

Carl sonrió:

-No, no me ha sucedido nada. Y, en consecuencia, tendrá que

mostrarme Calíope. Tendremos mucho tiempo para verlo.

-Demasiado -comentó Holliman irónicamente. E inmediatamente, al percibir la mirada del otro, cambió de tema-: Yo me encargaré de todos estos últimos detalles, Carl. Mientras, creo que tú debes ocuparte de redactar el informe definitivo a la Tierra, para que obren en consecuencia. Allí hay un coche que os podrá llevar a palacio. Lo demás déjalo de mi cuenta. ¿De acuerdo?

Carl hizo el clásico signo con el índice y el pulgar, y cogiendo del brazo a Lana, se dirigió hacia el lugar indicado.

Holliman suspiró, viéndolos marchar. Pensó que, cuando se supiera en público todo lo sucedido, Carl se convertiría en un héroe allí en Calíope. Un verdadero héroe nacional. Y no hay ningún país que deje irse a su héroe nacional. Por lo que a la Tierra no le cabría más remedio que (pese a lo que pudiera decir el general Elston), nombrarlo embajador «in perpétuum» en aquel planeta. Con lo que Lana tendría mucho tiempo para enseñarle a Carl Calíope y sus bellezas.

Suspiró. Seguridad Estelar perdería uno de sus mejores agentes, pero Calíope ganaría un héroe.

Y Carl ganaría una... bueno, era mejor no meterse en honduras. Cada uno a sus asuntos.

Dio media vuelta, y se dirigió hacia el interior del edificio. Entre otras cosas que tenía que hacer debía desmontar y trasladar cuidadosamente el aparato descohesionador para enviarlo y ponerlo a disposición de la Unión de Universos. Se imaginaba que, pese a su mal principio, la descohesión podía dar muchos beneficios a la humanidad. Había muchas cosas en el universo que necesitaban de ella.

Y una de ella, era quizás su fea cara...

FIN

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

95.—¡Ha muerto el Sol!, *George H. White.*
96.—Exilados de la Tierra, *George H. White.*
97.—El imperio milenario, *George H. White.*
98.—Topo-K, *Profesor Hasley.*
99.—El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasley.*
100.—Pasaron de la Luna, *C. Aubrey Rice.*
101.—La amenaza tenebrosa, *J. Negri O'Hara.*
102.—El gran fin, *J. Negri O'Hara.*
103.—Intriga en el año 2.000, *Profesor Hasley.*
104.—El extraño Profesor Addington, *Prof. Hasley.*
105.—Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice.*
106.—Acción inaudita, *C. Aubrey Rice.*
107.—El horror invisible, *Karel Sterling.*
108.—Más allá de Plutón, *Profesor Hasley.*
109.—La revancha de Zamok, *Profesor Hasley.*
110.—Situación desesperada, *C. Aubrey Rice.*
111.—El experimento del Dr. Kellman, *J. N. O'Hara.*
112.—Los habitantes del astro sintético, *Eduardo Teixeira.*
113.—Los muertos atacan, *Profesor Hasley.*
114.—La última batalla, *Profesor Hasley.*
115.—1958: Objetivo Luna, *Karel Sterling.*
116.—La amenaza de Andrómeda, *Robin Carol.*
117.—El silencio de Helión, *Robín Carol.*
118.—Ventana al infinito, *J. Negri O'Hara.*
119.—El Planeta errante, *Karel Sterling.*
120.—Regreso a la patria, *George H. White.*
121.—Lucha a muerte, *George H. White.*
122.—«Cautivos del Espacio», *Joe Bennett.*
123.—Vacío siniestro, *Joe Bennett.*
124.—Detrás del Universo, *Karel Sterling.*
125.—¡Karima!, *Profesor Hasley.*
126.—El bosque petrificado, *Profesor Hasley.*
127.—Energía «Z», *Profesor Hasley.*
128.—Fantasmas siderales, *Karel Sterling.*
129.—El túnel transatlántico, *Profesor Hasley.*
130.—El mundo subterráneo, *Profesor Hasley.*
131.—Entre Marte y Júpiter, *Joe Bennett.*
132.—Separación Asteroidal, *Joe Bennett.*
133.—Náufragos del Universo, *Joe Bennett.*
134.—La isla de otro mundo, *Eduardo Texeira.*
135.—El tiempo desintegrado, *Karel Sterling.*
136.—El conquistador del mundo, *Prof. Hasley.*
137.—El ejército sin alma, *Prof. Hasley.*

138.—Mensajes de muerte, *Karel Sterling.*
139.—Motín robótico, *Joe Bennett.*
140.—Cita en la Luna, *Van S. Smith.*
141.—Misterio en la Antártida, *Larry Winters.*
142.—Cosmoville, *Joe Bennett.*
143.—Ataúdes blancos de Oberón, *Karel Sterling.*
144.—Nosotros los marcianos, *Karel Sterling.*
145.—El doble fatal, *Joe Bennett.*
146.—La ruta perdida, *Karel Sterling.*
147.—Embajador en Venus, *Van S. Smith.*
148.—El astro prohibido, *Joe Bennett.*
149.—Niebla alucinante, *C. Aubrey Rice.*
150.—La hierba del cielo, *Joe Bennett.*
151.—¡Nos han robado la Luna!, *Joe Bennett.*
152.—Rutas ignoradas, *J. Negri O'Hara.*
153.—Un cadáver en el aerolito, *Henry Keystone.*
154.—La Diosa de Venusio, *Joe Bennett.*
155.—Condenados a morir, *Joe Bennett.*
156.—La barrera de las sombras, *A. S. Jacob.*
157.—Las huellas conducen... al infierno, *Van S. Smith.*
158.—El Planeta de nadie, *Henry Keystone.*
159.—Regresaron dos muertos, *Joe Bennett.*
160.—El mundo de los seres condenados, *J. Negri O'Hara.*
161.—El Planeta maldito, *F. Danger.*
162.—Asesino interplanetario, *Henry Keystone.*
163.—Extraños en la Tierra, *Van S. Smith.*
164.—Marionetas humanas, *Vic Adams*
165.—La nave pirata, *Joe Bennett.*
166.—Los aventureros de Júpiter, *Joe Bennett.*
167.—Cuatro a Mercurio, *Peter Kapra.*
168.—Donde empieza el límite, *J. Negri O'Hara.*
169.—La onda invencible, *Joe Bennett.*
170.—Eratom 225, *Prof. Hasley.*
171.—Después de la hora final, *Van S. Smith.*
172.—Bases submarinas, *J. Negri O'Hara.*
173.—Nieblas blancas, *P. Danger.*
174.—Submares de muerte, *Joe Bennett.*
175.—La espacionave del terror, *Joe Bennett.*
176.—Las estrellas amenazan, *Van S. Smith.*
177.—Rebelión en la galaxia, *V. A. Carter.*
178.—El umbral de la Antártida, *P. Danger.*
179.—Los hombres del más allá, *P. Danger.*
180.—Bloqueo en el espacio, *Ray Kualiter.*
181.—La muerte azul, *V. A. Carter.*
182.—Un mensaje en el espacio, *Van S. Smith.*
183.—Viaje hacia la muerte, *Prof. Hasley.*
184.—¡Descohesión!, *P. Danger.*
185.—La nueva raza, *V. A. Carter.*
186.—El extraño viaje del Dr. Main, *Van. S. Smith.*

No ha existido siempre el Hombre sobre el Mundo... Antes fué precedido por otros seres, más o menos humanos, hasta derivar en el actual «homo sapiens».

Nada de extraño tendría, pues, que en cualquier instante del Futuro apareciesen entre nosotros los primeros ejemplares de

LA NUEVA RAZA

que continuasen nuestra obra... ¡Tal vez están ya aquí, empeñados en sorda lucha, debatiéndose en inferioridad numérica para liberar a la Humanidad del vasallaje de un invasor extraño, debiendo ocultarse a la vez para no ser destruidos por aquellos a quienes defienden!

V. A. CARTER

El escritor que transmite emoción sin límites, presenta con trazos maestros lo que quizá ya está ocurriendo, en su última fascinante novela.

LA NUEVA RAZA

que usted leerá de un tirón, atrapado en las redes de su intriga, en el próximo número de esta interesante

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.